



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

UNAM IZTACALA

“Androginia, estructura primaria del ser humano”

T E S I S I N A

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA**

P R E S E N T A (N)

Rubén Flores Hernández

Directora: Dra. Blanca Estela Zardel Jacobo

Dictaminadores: Mtro. Fernando Herrera Salas

Lic. Jesús Mario Díaz Contreras



Los Reyes Iztacala, Edo. de México,

2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A Dios:

Por que sin él nada de esto seria posible.

A mis Padres:

Por su dedicación, Esfuerzo, Paciencia y principalmente por el amor que me han tenido a lo largo de mi vida, sin ustedes esto no sería posible.

A mi Hermano:

Por ser mi hermano, por ser ejemplo de que se pueden hacer las cosas, teniendo siempre a la vista la meta alcanzar.

A mis amigos Joaquín y Vladimir Sánchez Ortiz:

Por su amistad, por acompañarme a lo largo de este camino

“Ojala que cuando la muerte se cruce en nuestro camino, no se lleve consigo la huella de nuestros pasos”.

A la memoria de mis amigos Alan Fabián Alcántara y Fernando Delgado, cuyos pasos permanecen grabados en este sendero llamado vida.

INDICE

Introducción,	4
Capítulo 1: Pulsión y sexualidad humana.	10
1.1 Concepto de Pulsión (Trieb).	10
1.2 Componentes de la pulsión.	13
1.2.1 Perentoriedad o presión de la pulsión.	14
1.2.2 El fin de la pulsión.	15
1.2.3 el objeto de la pulsión.	15
1.2.4 la fuente de la pulsión.	17
1.3 Pulsiones parciales y zonas erógenas.	18
1.3.1 Pulsiones parciales.	18
1.3.2 Zonas erógenas.	20
Capítulo 2: Sexualidad infantil.	24
2.1 Organizaciones pregenitales: Fase oral.	27
2.2 Segunda organización pregenital: Fase sádico-anal.	32
2.3 De lo fálico, el Edipo y la castración en Freud.	36
2.3.1 Organización genital infantil: fase fálica.	36
2.3.2 Complejo de Edipo.	44
2.3.2.1 Generalidades del complejo de Edipo. Introducción del término “complejo”.	44
2.3.2.2 Contexto naciente del complejo de Edipo.	46
2.3.2.3 El complejo de Edipo en el niño.	50
2.3.2.4 El complejo de Edipo en la niña.	55
2.3.3 Precisiones sobre el complejo de castración.	61
Capítulo 3: El niño, ¿Un andrógino platónico?	65
3.1 De Platón a Freud.	65
3.2 El niño = Andrógino platónico.	68
Conclusiones.	76
Bibliografía.	79

INTRODUCCION

Para la psicología, el estudio de género ha adquirido gran importancia, debido a que permite categorizar por medio del término “género” los roles asignados tanto a hombres y mujeres, explicando la diferencias entre ambos sexos.

Gracias a dicha distinción, se delimitan y al mismo tiempo se estructuran pensamientos y conductas propias de cada sexo, conceptualizándose así lo que es lo masculino y lo femenino. Para la psicología: “El género es más que una categoría, una teoría amplia en categorías, hipótesis, interpretaciones y conocimientos relativos al conjunto de fenómenos históricos construidos entorno al sexo. El género esta presente en el mundo, en las sociedades, en los sujetos sociales, en sus relaciones, en la política y en la cultura. El género es la categoría correspondiente al orden socio-cultural configurado sobre la base de la sexualidad. Y ésta es definida y significada históricamente por el orden genérico” (Bustos, 2005).

Al ser el género la categoría correspondiente al orden socio-cultural prescrito sobre la sexualidad, que delimita pensamientos y establece las conductas propias de cada sexo, conceptualizando lo masculino y lo femenino, quiere decir, que existe un discurso que instituye lo que es *ser* hombre y lo que es *ser* mujer, fundamentando dicho discurso en el modelo anatómico de los cuerpos, extrapoliando semejantes características al plano psicológico de sus portadores.

Lo anterior lo podemos observar en algunas posturas teóricas como la psicología conductual, donde *su* discurso instruye lo que es propio de lo masculino y de lo femenino. Como nos reporta Braza, P. Carreras, R. Braza, F. & Muñoz, J. (2006) el sujeto aprende desde la infancia a asumir y a reproducir los repertorios conductuales propios de su sexo por medio de la simulación de situaciones donde el niño ensaya dichos comportamientos, mismos que

aplicará posteriormente en la vida real y que serán socialmente aceptados. De esta manera, el niño y la niña asumirán, gracias a un proceso de instrucción su masculinidad o su feminidad según sea el caso, lo que nos permite observar, que el aprendizaje de esos repertorios conductuales, se dan por medio de la imitación de conductas que se reproducirán en el juego, obteniendo un reforzamiento de tipo social.

Al sustentar el discurso de lo masculino y lo femenino fundamentándose en el modelo anatómico de los cuerpos, es aceptar de antemano que estos conceptos existen. Es aceptar que el género es un hecho tan natural como incuestionable, es decir que el hombre es enteramente masculino, y la mujer es enteramente femenina. Asumimos basándonos en la evidencia anatómica de los cuerpos, que lo masculino refleja la *condición* propia del hombre, al igual que lo femenino es la *condición* propia de la mujer.

Este juego de condiciones no es natural, es más bien cultural. El sujeto esta *sujeto* a una condición impuesta por un esquema social al cual se tiene que someter. La psicología ha sucumbido ante este supuesto. El psicoanálisis nos dice: "la psicología da a las palabras *femenino* y *masculino* un sentido puramente convencional que toma, equivocadamente, a la anatomía como modelo" (Kofman, 1982, p. 130). La psicología no ha dado respuesta al enigma de lo sexos porque ha seguido un convencionalismo que nos resulta tan natural como incuestionable, la psicología ha reproducido dicho convencionalismo analógicamente con la anatómica de los sexos, "Calcando sus repuestas sobre hábitos de pensamiento convencionales" (Kofman, 1982, p. 130).

Lo anterior tiene como consecuencia un impulso, una especie de empuje que moviliza, que motiva un desplazamiento de quien busca, de quien interroga, de un marco teórico como el conductismo a otro como el psicoanálisis, como consecuencia del quebranto de un convencionalismo, dicho quebranto impulsa a buscar formas distintas de poder abordar al ser humano, se trata por tanto de un acercarse, se trata de un alejarse de un punto en el que se puede encontrar un cierto grado de seguridad para acercarse a una nueva

perspectiva que ofrece una posición distinta ante el fenómeno que interesa, que nos resulta por tanto, enigmático.

Pero ¿Cómo surge esta movilización que lleva a una dirección tan distinta? En principio, no surge de una ocurrencia, se ha dado tras un proceso de gestación cuya fecundación se dio con tiempo atrás. En el último año de la carrera, en las primeras semanas de clase, una de mis profesoras planteo una pregunta por demás inquietante, preguntaba cuáles eran los límites que existen entre lo masculino y lo femenino, afirmando tras el silencio del grupo, que no hay un límite real entre uno y otro, por el contrario, dichos “límites” se difuminan entre uno y otro. Según la interpretación que realice sobre esto, aquella profesora despojó tales concepciones del cuerpo anatómico. Es tras este cuestionamiento, como se me dejó ver la arbitrariedad con que el conductismo al igual que otras posturas psicológicas, han manejado dichos conceptos, afirmando que el hombre es enteramente masculino y la mujer enteramente femenina. Al ser precisamente una psicoanalista la generadora de dicha pregunta, es como encuentro *mi* necesidad de separarme del conductismo y acercarme al psicoanálisis. Fue este cuestionamiento el que quebrantó ese convencionalismo que atribuye infundadamente el carácter de lo masculino al hombre y lo femenino a la mujer. Desde este punto se habría planteado implícitamente el tema del presente trabajo: la androginia. Solo que el tema se encontraba sin fundamento, gravitante, sin órbita, dejando como pregunta: ¿Cómo abordar la androginia? Teniendo como consecuencia un abandono durante el último semestre de la carrera, fue recuperado posteriormente para la elaboración del presente trabajo. Para este momento, el concepto mismo se tornaba confuso, lo que impedía el planteamiento del problema y por consiguiente la imposibilidad de la formulación de la hipótesis

Tras la recomendación de una obra de Platón, *El Banquete*, que expone la figura mítica del andrógino, figura mítica de un sujeto pleno, participe de los dos sexos, masculino y femenino, que pretendió escalar hasta los dioses y rebelarse en contra de ellos, castigado por Zeus con la separación de su cuerpo en dos mitades, despojado así de su condición plena, está condenado a buscar su otra mitad impulsado por el poder de Eros para así poder regresar a

su condición inicial. Fue que se pudo hacer un planteamiento del problema, facilitando la formulación de la hipótesis que más tarde se expondrá y por lo que apuesta el presente trabajo. Pero aun así faltaba una parte, el de relacionar el mito del andrógino con aquel cuestionamiento de si lo masculino es una condición propia del hombre y lo femenino es una condición propia de la mujer. Lo que permitió dicha relación, fue la lectura realizada a una de las conferencias introductorias al psicoanálisis, donde Freud expone las organizaciones sexuales infantiles. En esta lectura se pudo observar a grosso modo, que Freud no hace distinción entre el niño y la niña sino hasta la instauración del complejo de castración, lo que permitió establecer una semejanza con el mito del andrógino, así, el niño podría ser ese sujeto pleno, circular como el andrógino de Platón, y que el complejo de castración resulta ser equiparable al rayo de Zeus, cuyo resultado es la sexuación de los cuerpos. A partir de este momento, se tenía el punto de partida para abordar el tema.

Tras haber dado cuenta del porqué de este desplazamiento, habrá que hacer ciertas precisiones que delimiten este movimiento. El acercarse a otra perspectiva, implica de manera implícita, no una crítica, no un cuestionamiento, ni mucho menos un intento de innovación. Por el contrario, -y como principio ético de quien escribe- se trata de un intentar comprender, no se puede cuestionar, criticar o innovar algo que no se conoce, y por tanto no se domina. Además: ¿De dónde provendrían dichos cuestionamientos, sino tal vez, de una postura dogmática de quien cuestiona, gracias a que está cargado de la armadura de *su* ciencia, de *su* verdad? Así, el hacer una crítica o un cuestionamiento, sería posicionarse en un saber confrontándolo ante otro saber, sería tomar el lugar de alguien que juzga la validez de una teoría confrontándola con otra, sería mirar al psicoanálisis –en su caso en particular- desde una creencia dogmática, teniendo como resultado un perjuicio.

Lo anterior nos impulsa a preguntar de manera formal ¿Lo masculino y lo femenino dependen de un cuerpo biológico? ¿Qué los delimita? Estas preguntas nos colocan en una posición complicada, ya que si lo masculino y lo femenino no corresponden exclusivamente al hombre y a la mujer, nos lleva a cuestionar la condición propia del sujeto, pero no de sujeto que ya ha asumido

su sexualidad debido a que se ha posicionado en un punto particular, sino que nos lleva a una condición anterior a este asumirse hombre o mujer, donde el sujeto reúne en sí mismo las dos condiciones, lo masculino y lo femenino, en el que no hay una delimitación sino una difuminación de ambos, en el cual conforman un todo, como un círculo, figura que nos recuerda al andrógino platónico. Lo anterior nos permite preguntar siendo esta la hipótesis en la que parte el presente trabajo: ¿el ser humano, en los primeros años de su vida, cuando no es consciente de su cuerpo sexuado, es un ser en plenitud? ¿Podríamos apostar por una condición primordial, primitiva, natural, como plantea Platón en el mito del andrógino? De ser así, podríamos entonces asegurar, que al igual que el mito, podríamos apostar que la androginia es la condición primitiva que antecede a la separación de los sexos, que antecede al asumirse hombre o mujer, de tal forma que la androginia está presente en los primeros años de vida de todo sujeto, y que después de esta separación, de este apropiarse, busca regresar a esa naturaleza primitiva de la cual partimos.

Teniendo en consideración lo anterior, y con el fin de dar respuesta a la pregunta que interroga por la condición primitiva del sujeto antes de la asunción de su sexualidad socialmente impuesta, sin mayores pretensiones que al acercarse al psicoanálisis, y teniendo en cuenta las dificultades que este acercamiento implica, se realizará una lectura de las obras del fundador del psicoanálisis: Sigmund Freud, referente a la sexualidad infantil. Para poder abordar la interrogante que da origen al presente trabajo, se abordará como primer punto el concepto de pulsión, diferenciándolo de entrada con el concepto de instinto, resaltando su carácter activo, de empuje, *masculino*, y mostrando que lo femenino, refiere la actividad pulsional dirigida a fines pasivos, despojándolo del modelo anatómico y confiriéndole un carácter psíquico, reflejadas en sus manifestaciones en la sexualidad humana en las distintas fases de desarrollo. Mostrando como su desarrollo o evolución se da – como lo podemos ver más adelante – a nivel corporal por medio de la satisfacción, de la obtención de placer al momento de la extinción del displacer, y por otra parte encuentra su origen en la relación objetal, en la introducción de un objeto ajeno al propio cuerpo que excita, que pulsa.

Habiendo expuesto lo anterior, en el segundo capítulo, referente a la sexualidad infantil, expone el desarrollo pulsional en las distintas fases de desarrollo como lo son: la fase oral, anal y fálica, con la intención de mostrar, como Freud no establece distinciones entre el niño y la niña hasta que el desarrollo pulsional llega a la fase Fálica, donde el niño descubre la diferencia entre los sexos, donde se genera la sexuación de los cuerpos y por tanto, la diferencia entre el niño y la niña gracias a la instauración del complejo de castración, que se encuentra correlacionado con la fase fálica y el complejo de Edipo.

De esta manera, el tercer capítulo, presentará la similitud entre el mito del andrógino, y la vida pulsional de los sujetos, argumentando que al igual que en la obra de Platón: El Banquete, como en la lectura realizada a la obra de Freud, hay un momento en el que se sexualizan los cuerpos, arrancado al sujeto de su condición plena, instaurándose el deseo del psicoanálisis, en similitud con eros de la obra de Platón.

Por otra parte, teniendo presente la complejidad de la escritura Freudiana y a manera de prevenir errores de sentido, es necesario consultar autores que se encuentran *dentro* del psicoanálisis, cuya *posición* permiten entender esas “*sutilezas*” de la obra freudiana que resultan ser tan imperceptibles a la vista de lectores *ajenos* al psicoanálisis, es en base a esas sutilezas que se esconden entre las líneas de la escritura Freudiana, en comparación con nuestra formación psicológica, es que resulta pertinente este acercamiento, cuya mayor pretensión es la de intentar comprender un fenómeno particular, de acercarse a un abordaje distinto de toda la complejidad que resulta el ser humano.

CAPITULO 1: PULSION Y SEXUALIDAD HUMANA.

1.1 Concepto de Pulsión (Trieb).

Proveniente de la filosofía clásica alemana, el termino pulsión (Trieb), fue de gran importancia para Freud, ya que se valió de dicho término para hacer claras distinciones entre el papel que juega la pulsión y el instinto dentro de la sexualidad humana. A través de su escrito *tres ensayos para una teoría sexual*, que data del año 1905, se inaugura una nueva etapa de profundización en la investigación psicoanalítica, gracias a que la pulsión constituye la organización sexual psíquica del ser humano.

Es necesario mencionar las características propias de la pulsión, así como sus distinciones del instinto, debido a que existen traducciones editoriales¹, que utilizan de manera indiscriminada los términos instinto (*Instinkt*) y el término pulsión (*Trieb*). El problema de sustituir en la traducción el término pulsión por el de instinto, radica en el sentido de las palabras, debido a que, "... las palabras no son inocentes. Traen siempre adherido, por así decir, como una sombra, como un destello de realidad intuida. Strachey sostiene que, después de todo, el término se llenara de contenido en la lectura misma. No parece así; se llenará de contenido, pero de un contenido que ya tiene. Si leemos <<instinto>>, nos orientamos hacia cierto ámbito de las teorías biológicas. Y Freud usa la expresión *Instinkt* en su acepción moderna: una conducta preformada, heredada" (Etcheverry, 1990, p. 50) mientras la pulsión se instaura en la interioridad del sujeto

De esta forma, el instinto (*Instinkt*) para Freud, refiere al comportamiento animal filogenéticamente heredado y fijado a su objeto. Mientras que el término pulsión (*Trieb*) se distingue del instinto porque:

¹ Como es el caso de la Editorial Biblioteca Nueva, la cual hace un uso indistinto de estos términos, utilizando el término instinto como equivalente del término pulsión. El presente trabajo se documenta en la traducción de esta editorial, por lo tanto, las citas aquí mostradas, manejan el término instinto, pero para fines del presente trabajo, el término instinto deberá leerse como sinónimo del término pulsión.

“... no actúa nunca como una fuerza de impacto *momentáneo*, sino siempre como una fuerza *constante*. No precediendo del mundo exterior, sino del interior del cuerpo”. (Freud, 1915, p. 2040).

Como primera distinción con el concepto de instinto, la pulsión no actúa de manera momentánea, es decir, preexiste siempre como una fuerza constante, como un flujo de excitación interna del organismo que hace que la conducta de escape sea inútil, debido a que la excitación pulsional, no proviene de una estimulación externa, sino mas bien interna, cosa contraria con el instinto, el cual, toda clase de estimulación percibida por el cuerpo, tiene su origen en el exterior.

El acercamiento a esta primera característica de la pulsión, enmarca una distancia entre la pulsión y el instinto, a pesar de tener como escenario el cuerpo, y aunque ambos parten del mismo, tienen diferentes implicaciones en la constitución de sujeto. La pulsión es interna, es decir, fluye en el sujeto sin rasgos evidentes de su origen. Cosa contraria con el instinto, donde es posible identificar los factores que interactúan, así como las fuerzas que ejercen para que un organismo actúe.

Cosa contraria sucede en la lectura realizada por González y Rodríguez (2002) misma que pudiera parecerse confusa, si la comparamos con la lectura de los autores antes mencionados, porque para estos autores, la pulsión es un concepto equiparable al instinto, para ellos: “... instinto es aquella conducta heredada, no aprendida, común a la especie, o sea filogenéticamente determinada y por tanto estereotipada o constante” hasta esta parte de la cita, encontramos la similitud con los autores antes mencionados, pero en la continuación de su lectura, encontramos eso que nos puede confundir, debido a que: “*Paralelamente*, desde el punto de vista de la psicología, la palabra *pulsión tiene ese mismo sentido*” -aseveración que no contradicen-, y continua la cita: “... es una conducta heredada, no aprendida, común a la especie o sea *filogenéticamente determinada*, pero aunque es constante no es estereotipada como en los animales” habla por tanto, de una equivalencia, misma que radica en la semejanza de pulsión == instinto.

Para estos autores, la pulsión es algo filogenéticamente heredado, exclusivo del hombre, cuya fuente de excitación se localiza en un reservorio central que bien pudiera ser el sistema nervioso, guardando de esta manera una similitud con los animales, donde lo filogenéticamente heredado es instinto en su sentido estricto, exceptuando la idea esencial del *Trieb* como "... la existencia de un impulso irresistible"

De esta manera, omiten la importancia que juega el papel de la pulsión en la constitución de los sujetos, misma que se juega en el cuerpo, que se vive en el cuerpo, pero que a diferencia del instinto, la pulsión no tiene un fin último, estereotipado, sino múltiples fines y cuyos objetos, resultan, aparentemente desarticulados del objeto del instinto. Así, lo pulsional, al estar alejada del objeto del instinto, se apunta hacia estos múltiples fines, mismos que se vinculan con la vida psíquica de los sujetos,

Esta desarticulación con el objeto del instinto, es donde recae el concepto Freudiano de la pulsión. Gracias a los estudios realizados sobre las perversiones, mismas que guiaron a Freud al descubrimiento de las modalidades de la sexualidad infantil, rompen con el esquema popular de la sexualidad normal, la cual sostiene que la vida sexual de los individuos tienen de forma determinada un objeto y un fin, es decir, el hombre a la mujer y la mujer al hombre, cuya finalidad consiste en la unión de los genitales por medio del coito, y todo en pro de la reproducción de la especie. Por el contrario, según nos comenta Silvestre (1972) "... el objeto de la pulsión nunca está predeterminado, sino que es, por el contrario, infinitamente aleatorio y cambiante. Pero no solo el objeto resulta ser cambiante e infinitamente aleatorio, también la finalidad misma de la pulsión, resulta tener las mismas características que su objeto y por lo tanto son "...muchas y parciales" (Silvestre, 1972, p.89)

De acuerdo con lo anterior, y siguiendo la puntualización de Silvestre, podríamos entablar por tanto, que la pulsión es variable y contingente, así como múltiple, parcial (*pulsiones parciales*), e íntimamente dependiente de diversas fuentes somáticas, las cuales, son también múltiples y pueden persistir y mantenerse a lo largo de la vida del sujeto con una función

importante en su vida sexual, estas fuentes somáticas adquieren el carácter de *zona erógena*.

De esta manera, al hablar de una variabilidad y contingencia de la pulsión en relación con su fin y su objeto. Freud nos denota una característica que resulta definitiva para determinar no solo su distinción con el instinto, sino también el papel que juega en la constitución del sujeto, la cual es: “Bajo el concepto de instinto (pulsión) no comprendemos primero mas que a la representación psíquica de una fuente de excitación, íntimamente corriente o intrasomática” por lo tanto –continúa la cita- “Instinto (pulsión) es, pues, uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico” (Freud, 1905, p. 1191).

Esta representación psíquica de la que nos habla Freud, es la que produce -por decirlo de alguna forma- esa excitación interna, que causa ese empuje del organismo para alcanzar un fin, que es la satisfacción, corresponde una exigencia de trabajo que se le impone a lo psíquico, a título de consecuencia con su relación con lo corporal. Es decir, la pulsión encuentra en el cuerpo el instrumento para obtener una satisfacción que no corresponde con lo corporal debidamente, sino que, como diría Denis (2003): “el concepto de demarcación entre lo psíquico y lo somático, indica mejor que se trata de un fenómeno de investidura psíquica distinto del funcionamiento corporal propiamente dicho” (Denise, 2003, p.31) así, esa fuente somática, esa parte del cuerpo que se satisface, no es el cuerpo propiamente dicho, sino lo que representa a nivel psíquico ese órgano corporal. Es decir, está en función de una huella mnémica².

1.2 Componentes de la pulsión.

Además de definir a la pulsión como un proceso de empuje del organismo, Freud emplea algunos términos que se relacionan con dicha concepción de empuje característica de la pulsión, tales como la perentoriedad, también entendible como presión, el fin, el objeto y su fuente.

² Según Laplanche & Pontalis, el término de huella mnémica, fue utilizado por Freud a lo largo de toda su obra, y sirvió para designar las formas en las que se inscriben los acontecimientos en la memoria.

1.2.1 Perentoriedad o presión de la pulsión.

Proveniente de la traducción alemana *Drang*, se entiende por perentoriedad o presión, al factor motor, es decir, a la suma de fuerza o a la cantidad de exigencia de trabajo que representa. Para Freud (1915) la perentoriedad es: “una cualidad general de los instintos (pulsiones) e incluso constituye la esencia de los mismos. Cada instinto (pulsión) es una magnitud de actividad, al hablar negligentemente de instintos (pulsiones) pasivos se alude tan solo a instintos de fin pasivo” (Freud, 1915, p .2042)- Es la característica que distingue a la pulsión de los instintos en su sentido estricto, y este es el empuje, esta perentoriedad, presión ó empuje, es lo que hace que el sujeto emprenda una acción para satisfacer aquello que le resulta irresistible.

Para Denis (2003) este componente de la pulsión, que resulta esencial para su conceptualización, enmarca la expresión desde un punto de vista económico de empuje. Perspectiva semejante es la que realiza Silvestre (1972), para quien, la pulsión es activa en la medida misma que ejerce un impulso, lo que permite valorar el carácter esencial de la pulsión como un impulso activo de toda excitación pulsional.

Por tanto, la perentoriedad, empuje, ó fuerza de la pulsión, resulta ser un factor cuantitativo (económico) además de variable, se concreta a explicar la acción desencadenante que emprende un sujeto para alcanzar una satisfacción, así, toda pulsión es de antemano definida por su actividad.

1.2.2 El Fin de la pulsión.

Derivado del alemán *Ziel*. El fin de toda pulsión es la satisfacción, que solo puede alcanzarse por la eliminación del estado de excitación proveniente de la fuente pulsional ó somática. Cabe mencionar, que aunque el fin de la

pulsión resulta ser invariable, puesto que busca la satisfacción. Nos aclara Freud (1915) que: "... puede haber varios caminos que conduzcan a él, de manera que para cada instinto (pulsión), pueden existir diferentes fines próximos susceptibles de ser combinados o sustituidos entre sí" y continua con que: " La experiencia nos permite hablar también de instintos (pulsiones) coartados en su fin, esto es, de procesos a los que se permite avanzar cierto espacio a la satisfacción del instinto (pulsión)" hay algo en el medio circundante, que no permite que la pulsión no alcance su finalidad, e intente, por medio de otras acciones o actividades, alcanzar dicho fin ya de manera atenuada.

Para Gonzáles y Rodríguez (2002), la finalidad de la pulsión, es en efecto la satisfacción por medio del placer, pero se enfoca mas a la eliminación de la necesidad corporal que la produjo, y de esta forma conservar un agradable estado de reposo, o en otras palabras un equilibrio homeostático. La lectura que realizan dichos autores, comprende una perspectiva mas de tipo fisiológico, Cosa contraria sucede con Laplanche & Pontalis (1967), quienes afirman que el fin de la pulsión, "esta sostenida y orientada por fantasías"³ por representaciones psíquicas que envisten a los objetos.

1.2.3 El objeto de la pulsión.

El objeto (*Objekt* en alemán) es la cosa con la cual, la pulsión puede alcanzar su satisfacción. Es precisamente el objeto lo mas variable en la pulsión ya que no se halla ligado a él desde el principio, el objeto se subordina a la pulsión por su forma de ajustarse al logro de la satisfacción. En un principio, el objeto por el que se vale la pulsión para alcanzar su satisfacción, puede no estar en el exterior del sujeto, sino pertenecerle, ya que forma parte de su propio cuerpo, y puede ser cualquier parte del mismo, esta parte del cuerpo, puede ser sustituible, en la medida en que la pulsión siga sus propios

³ "Guión imaginario en el que se halla presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente" (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 138)

destinos, ya que esta parte del cuerpo puede ser sustituida indefinidamente por otro. Aunque después, el objeto se encontrará en el exterior, ya sea en cosas inanimadas o en personas propiamente.

Para Freud, el desplazamiento de un objeto a otro, consiste en que un solo objeto, sirva simultáneamente a la satisfacción de varias pulsiones, ó cuando una pulsión parece ligada de una manera muy particular a un objeto, lo que nos habla de una fijación, como sucede en el caso de las perversiones y desviaciones de objeto y meta, ocasionando que la pulsión no se separe de dicho objeto, y por tanto, poniendo fin a la movilidad de la pulsión.

Aunque bien puede ser entendible al objeto como una cosa, como lo expresan Gonzáles y Rodríguez (2002) el instrumento por el que se alcanza la satisfacción pulsional, bien es cierto que la pulsión, enviste a los objetos en los cuales se satisface, no es la cosa en sí, sino lo que representa lo que permite que la pulsión lo utilice para sus fines, no es el dedo lo que el niño succiona, más bien, es en base a la representación del pecho de la madre, lo que él reproduce para fines placenteros.

Con base en la última puntualización, Silvestre (1972) nos dice que: "... el objeto pulsional no es necesariamente real; puede ser fantasmático" y continua diciendo: "Con posterioridad a Freud, por ejemplo, la psicoanalista Melanie Klein ha podido mostrar como el objeto aun cuando parcial (.....) se halla fantasmáticamente provisto del carácter de una persona" (Silvestre, 1972, p.93) por lo que no hay cosa, hay representación de un objeto que enviste a la cosa. El dedo es la cosa, el pecho materno es la representación bajo el cual, la cosa sirve como objeto.

1.2.4 La fuente de la pulsión.

Traducido del alemán *Quelle*, se entiende por fuente de pulsión, toda aquella excitación somática que se produce en un órgano ó parte de cuerpo en particular, para Freud, esta fuente somática, también es representada en la

vida anímica del sujeto, y nos aclara que : “El estudio de las fuentes del instinto (pulsión) no corresponde ya a la psicología. Aunque el hecho de nacer de fuentes somáticas sea en realidad lo decisivo para el instinto (pulsión), este no se nos da a conocer en la vida anímica sino por sus fines” (Freud, 1915, p. 2042). De esta manera, la fuente es el momento somático, no psíquico, ya que la formulación “Fuente somática” designa el proceso orgánico que se encuentra en el origen de la excitación. De esta manera, los estudios sobre las fuentes somáticas, corresponde a otras áreas de la ciencia, ya que, como indica Freud:” El estudio de las fuentes del instinto no corresponde ya a la psicología” (Freud, 1915, p.2042).

Por otra parte, la lectura que Denis (2003) hace en particular sobre este elemento de la pulsión señala que Freud relativiza la concepción biológica de la fuente somática, ya que si ésta solo se da a conocer por medio de sus fines en la vida psíquica de los sujetos, “la << fuente de la pulsión>> es primero un objeto psíquico. Es la zona erógena la que es corporal mientras que <<la fuente de la pulsión>> es psíquica” (Denise, 2003, p. 30). Podríamos interpretar de manera tal vez incierta que esa parte del cuerpo, es una zona capaz de captar la investidura y de traerla hacia ella, es decir, la excitación de la zona erógena es propia del cuerpo, pero no se origina de manera automática, o por sí misma, sino que reacciona ante la investidura libidinal de un objeto estimulando la excitación en ese órgano o parte del cuerpo. Particularmente, la zona erógena, responde por tanto a una representación psíquica que se deposita en el cuerpo, y corresponde por tanto, a la característica de la pulsión como concepto de demarcación entre lo somático y lo psíquico.

Lo interesante de la lectura de Denis, es que el cuerpo no es el cuerpo propiamente dicho, sino que está bajo el imperio de las investiduras psíquicas, donde la pulsión se desprende del funcionamiento corporal fisiológicamente hablando, conduciéndose al cumplimiento de ciertos deseos que resultan ser inconscientes.

1.3 Pulsiones parciales y zonas erógenas.

1.3.1 Pulsiones parciales.

Al hablar de la variabilidad, contingencia, multiplicidad, parcialidad de la pulsión, así como de su íntima dependencia de diversas fuentes somáticas, y la relación con las representaciones psíquicas resultantes de dichas fuentes; se establece una separación clara con el concepto del instinto. La pulsión deja de ser una fuerza elemental de tipo instintivo y adquiere un carácter complejo, compuesto. Esta complejidad que es susceptible a la descomposición, tendrá como deducción, según Denis (2003) que la pulsión sea considerada como el resultado psíquico de un conjunto de elementos, mismos que serán descritos por Freud como “pulsiones parciales”.

Freud llegó a la elaboración de la conceptualización de las pulsiones parciales, revisando los resultados de su investigación sobre las perversiones. Argumentó que la naturaleza de las pulsiones no posee una cualidad propia, sino que son cantidades de exigencia de trabajo para la vida psíquica, lo que nos habla de una característica *económica* de la pulsión, ya que dicha “cantidad de exigencia” indica un grado de excitación, misma que busca ser extinguido. En otras palabras, la pulsión se rige bajo el principio del placer, según el cual, toda relación placer-displacer, equivale a la descarga energética producida por la excitación (displacer) de una fuente somática la que tendrá que ser extinguida, disminuida, lo que representará el placer; es decir la eliminación de la excitación. Para Freud, resulta innegable la importancia de este principio, ya que la evolución de todo proceso psíquico está en función de este principio.

Lo que distingue a una pulsión parcial de otra, y le da sus cualidades específicas, es la relación de dicha pulsión con sus fuentes somáticas y sus fines, lo que indica, que la pulsión sexual en su conjunto, es susceptible de descomponerse en sus elementos últimos. De tal forma que “la pulsión es un

compuesto, un ensamblaje que puede desunirse: <<Cada articulación de este ensamblaje, nos dice Freud, puede devenir la ocasión de la disociación de la pulsión sexual. >> Estas formulaciones son completamente explícitas y aplicables a las pulsiones parciales y subrayan la <<desintegración>> posible del edificio pulsional” (Denis, 2003, p. 29)

Justamente al ser las pulsiones parciales definibles por sus fuentes somáticas, mismas que han sido investidas psíquicamente como resultado de una huella mnémica, nos denota que dichas pulsiones actúan en principio de manera independiente una de otra, que son disociables y sólo tienden a unirse en las diferentes organizaciones libidinales, manifestándose en los órganos corporales. De dichos órganos, –según Freud- emanan dos clases de excitaciones: la primera refiere a la excitación específicamente de naturaleza sexual ó corporal; mientras que la segunda clase, corresponde al órgano susceptible de excitación, nombrado también “zona erógena” donde la pulsión parcial se apuntala y se apoya para alcanzar su satisfacción.

Las particularidades antes aludidas sobre las pulsiones parciales, constituyen desde el punto de vista económico una cantidad de tensión generada en una fuente somática, dicha energía busca extinguir de dicha tensión en la misma fuente somática en donde se origina. Pero las pulsiones parciales no solo tienen características de tipo económico, sino también de tipo tóxico, es decir, son constitutivas de la instancia psíquica denominada por Freud como el inconsciente.

Según Freud, el inconsciente (*Icc.*) “esta constituido por representaciones de instintos que aspiran a derivar su carga, o sea por impulsos de deseos. Estos impulsos instintivos se hallan coordinados entre si y coexisten sin influir unos sobre otros ni tampoco contradecirse. Cuando dos impulsos de deseos cuyos fines nos parecen inconciliables son activados al mismo tiempo, no se anudan recíprocamente, sino que se unen para formar un fin intermedio” (Freud, 1915, p. 2072).

Otra característica propia del inconsciente, es que todos sus representantes pulsionales, se hallan fuera del tiempo, es decir que no aparecen bajo un esquema lineal de tiempo, es decir, ordenados cronológicamente. Estas representaciones pulsionales, no se ven alteradas ni modificadas con su transcurso, debido a que carecen de toda relación con el tiempo. Al mismo tiempo, estas representaciones pulsionales que se albergan en el inconsciente, carecen de toda relación con la realidad, estas representaciones pulsionales, se hallan sometidas al principio de placer antes descrito, cuyo destino es la satisfacción, a la producción de placer como una manera de contrarrestar el displacer generado por una excitación.

Las características pertenecientes a los procesos inconscientes son: falta de contradicción, es decir, una no se contrapone a la otra, son independientes; el proceso primario, el cual, se remite a la movilidad de las cargas de una instancia a otra, como lo es al preconciente (Prec.) y al conciente (Cc.). Esta movilidad engloba su característica dinámica. Así entonces, la independencia del tiempo, su inalterabilidad al no sujetarse a las reglas del esquema temporal, así como la sustitución de la realidad exterior por la realidad psíquica y ser comandadas por el principio de placer desconociendo las condiciones restringentes del medio exterior; son en síntesis, las reglas de funcionamiento del inconsciente (Icc).

1.3.2 Zonas erógenas.

Las zonas erógenas nos menciona Freud (1905): “Son esta parte de la epidermis o de las mucosas como las mucosas en las cuales ciertos estímulos hacen surgir una sensación de placer de una determinada cualidad” (Freud, 1905, p.1201), dicha cualidad, puede encontrarse notablemente adscrita particularmente, a ciertas partes del cuerpo.

Aunque cualquier parte del cuerpo puede ser una zona erógena, Freud reconoce la existencia de ciertas zonas predeterminadas, en esta

predestinación, hay un factor que juega un papel importante y que resulta, además de ser una característica propia de las zonas erógenas, establece una distinción entre una zona erógena y otra. Este factor cuyo papel resulta ser tan importante para la determinación de una zona erógena es el carácter rítmico.

Otra cualidad erógena radica en que ésta influye más en la producción de placer que el carácter propio de la parte del cuerpo, es decir, el placer que se obtiene de la función fisiológica del órgano, no responde a la función fisiológica propiamente dicha, sino que corresponde más a otro tipo de placer. No es lo mismo en el caso del niño al momento de alimentarse del seno materno que satisface la necesidad fisiológica de alimentarse, al placer obtenido por la acción propia de succionar y que se asemeja a la satisfacción alcanzada en un orgasmo.

De esta forma, diría Freud, “la actividad sexual se apoya primeramente en una de las funciones puestas al servicio de la conservación de la vida, pero luego se hace independiente de ella. Viendo a un niño que ha saciado su apetito, y que se retira del pecho de la madre con las mejillas enrojecidas y una bienaventurada sonrisa” (Freud, 1905, p1200).

Así, la zona erógena de la pulsión, diría Freud, es un proceso de excitación en un órgano, y su fin mas próximo está en extinguir la excitación de ese órgano, la excitación producida en un órgano, solo puede satisfacerse en un principio, en el mismo lugar en que se produjo (Véase figura 1). De esta manera, se le denomina a esta propiedad de placer como placer de órgano, en la que la excitación de la zona erógena solo es extingible en ese mismo lugar, lo que la vuelve independiente de las demás zonas erógenas, denotando una independencia entre las zonas erógenas de la misma manera en que sucede con las pulsiones parciales, las cuales se apuntalan en estas partes del cuerpo para alcanzar su satisfacción

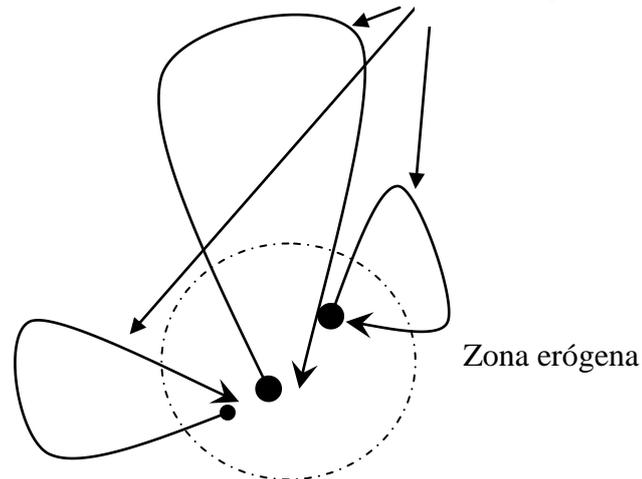


Figura 1: Cada pulsión parcial se satisface en el mismo órgano en el que se produce la tensión pulsional.

Por lo que las características propias de las pulsiones parciales, desde sus particularidades económicas y dinámicas, y sus manifestaciones por medio de las zonas erógenas, no solo se remiten a la explicación anatómico-fisiológica –nos esclarecen Laplanche & Pontalis- sino que también conviene considerar, que “constituyen, en el origen del desarrollo psicosexual, los puntos de elección de los intercambios con el ambiente, al mismo tiempo que solicitan, por parte de la madre, la máxima atención, cuidados y, por consiguiente, excitaciones” (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 475).

Es decir, las zonas erógenas más allá de sus implicaciones corporales por medio del placer-displacer, se definen también por sus relaciones objétales, es decir, el infante establece formas distintas de relacionarse con su mundo exterior, así, las zonas erógenas: oral, anal y genital, además de la obtención de placer, implican formas distintas de relacionarse con un objeto en particular, objeto investido psíquicamente por medio de una representación, que en particular resulta ser la madre.

Aunque el término “relación objetal” aparece ocasionalmente en la teoría Freudiana, no puede acusársele a Freud de ignorar las implicaciones de dichas relaciones objétales en la constitución psíquica del sujeto. Como dirían Laplanche & Pontalis (1967) “puede sin duda afirmarse que no forma parte de su aparato conceptual”. Podemos encontrar dichas relaciones objétales en la teoría de Freud en sus estudios sobre las perversiones y las desviaciones en

cuanto al objeto, así como en las distintas modalidades de la sexualidad infantil.

Por último, la pulsión, fue un concepto que fue modificado por Freud con el paso del tiempo. La primera mención que hace Freud de éste concepto, fue en su trabajo *Tres ensayos para una teoría sexual*, publicada en el año 1905, en dicho escrito establece, además de la variabilidad de la pulsión con relación a la fuente y a la meta, establece la distinción –que no abandonara- entre la fuente, el objeto y el fin. Diez años después, en el año 1915, en su escrito, *Pulsiones y destinos de pulsión*, introduce la noción propia de la pulsión: la de empuje, así como de sus destinos (la represión, la sublimación, transformación en lo contrario y orientación hacia la persona propia). Como nos indica Laplanche & Pontalis (1967) aunque el concepto de la pulsión se examinó bajo el modelo de la sexualidad, ésta se diferenció desde el principio de otras pulsiones como las pulsiones de autoconservación, pero fue hasta 1920, en el texto *Más allá del principio del placer*, donde la figura de este dualismo se hace más presente ya que opone a las pulsiones de vida contra la pulsión de muerte, modificando las funciones al igual que las situaciones en que dichas pulsiones entran en conflicto.

CAPITULO 2: SEXUALIDAD INFANTIL.

La investigación sobre las causas de las neurosis, llevó a Freud al descubrimiento de los conflictos entre los impulsos sexuales de los sujetos y la resistencia contra la sexualidad. Freud encontraba que la conducta de los *neuróticos* en su tratamiento no permitía la aceptación de su tan discutida teoría, ya que ocultaban datos referentes a su sexualidad, así indicaría: “Los hombres no son generalmente sinceros en las cuestiones sexuales. No muestran a la luz su sexualidad, sino que la cubren con espesos mantos de mentiras, como si en el mundo de la sexualidad reinara un cruel temporal. Y no dejan de tener razón: en nuestro mundo civilizado, el sol y el viento no son nada favorables a la actividad sexual; ninguno de nosotros puede mostrar a los demás su erotismo, libre de todo disfraz” (Freud, 1909, p. 1554).

Freud considera que todo síntoma patógeno ha sido producido como efecto de ciertas represiones sexuales, y que estos síntomas patógenos son el resultado de ciertas formaciones sustitutivas de lo reprimido. Todo síntoma patógeno al ser un producto de un conflicto defensivo, constituye una transformación transaccional, es decir, que lo reprimido retorna de una manera deformada a causa de la defensa que resulta irreconciliable entre el deseo inconsciente y la exigencia externa. De esta manera, el fin que se persigue por medio de los síntomas, es la realización de un deseo cuyo carácter es enteramente sexual. Por tanto, afirmaría que: “...la investigación psicoanalítica refiere, con sorprendente regularidad los síntomas patológicos del enfermo a impresiones de su vida erótica; nos muestra que los deseos patógenos son de la naturaleza de los componentes instintivos eróticos y nos obliga a aceptar que las perturbaciones del erotismo deben ser consideradas como las influencias más importantes de todas aquellas que conducen a la enfermedad. Y en ambos sexos” (Freud, 1909, p. 1553).

Según la indagatoria de Freud sobre las causas y fundamentos sobre las neurosis, es que llega a los años más tempranos de la vida infantil de los sujetos, encontrándose ante el hecho de que existe una sexualidad infantil. Esta aseveración trajo consigo una verdadera novedad, contra los más “enérgicos prejuicios del hombre” (Freud, 1924, p. 2776). Este prejuicio sostiene que la infancia es una etapa totalmente inocente, y que no existe en ella ningún rasgo de deseo de índole sexual, y que su origen se encuentra en la pubertad. De esta manera, cualquier caso de actividad sexual infantil, era considerado como signo de degeneración ó corrupción temprana.

Freud contradice de la siguiente manera estos argumentos: “Nada de eso, el instinto sexual no entra de repente en los niños al llegar la pubertad, como nos cuenta el evangelio que el demonio entró en los cuerpos de los cerdos. El niño posee desde un principio, sus instintos y sus actividades sexuales; los trae consigo al mundo, y de ellos se forma, a través de las numerosas etapas de una importantísima evolución, la sexualidad normal del adulto” (Freud, 1909, p. 1554). A lo anterior, cabe aclarar algo; Freud no concebía lo sexual como sinónimo de lo genital, sino que establecía una clara distinción entre ambas.

La vida sexual para Freud, abarca la función de obtener placer en distintas partes del cuerpo, que según la evolución del sujeto, serán puestas al servicio de la procreación. De esta manera, el concepto de lo sexual se amplía y comprende muchas otras actividades que nada tienen que ver con los órganos genitales. Así, lo genital en el campo de la sexualidad, es la culminación de un desarrollo sexual considerado como normal, misma que se presenta desde la pubertad y perdura en la vida adulta del sujeto.

La fuente principal de la sexualidad infantil es por consiguiente, la estimulación apropiada de ciertas partes del cuerpo, especialmente esas partes del cuerpo que resultan susceptibles a la excitación, como lo es la boca, el ano y los propios genitales, adquiriendo de esta manera el carácter de zona erógena.

Estos signos de actividad corporal en la temprana infancia del sujeto, aparecen vinculados con fenómenos psíquicos que se verán reflejados en la vida amorosa del sujeto y que forman parte de un proceso evolutivo excelentemente reglado, es decir, consecutivo uno del otro. Todos estos hechos culminan en el quinto año de vida del niño donde entra en un estado de reposo o en un estado de latencia. Mientras dura este estado de latencia, gran parte de lo aprendido se pierde (en realidad no se pierde, sino que está bajo el imperio de la represión) a causa del olvido y la actividad se derriba en un estado de inactividad o amnesia, pero no es que se hunda en un estado de olvido por simple hecho, sino que es llevada a esos terrenos por la influencia de la represión, misma que se suministra por medio de la educación, floreciendo después en la pubertad,

Todo el periodo de actividad sexual infantil es calificado por Freud como organización pregenital, lo que quiere decir, que todo el trayecto del desarrollo pulsional no se ha subordinado a la primacía de los genitales. De esta manera, el adjetivo pregenital comprende una gran extensión al igual que el término de sexualidad, ya que ésta no solo se concentra en el desarrollo de las pulsiones, sino también se enfoca a las fijaciones, regresiones y a modos precoces del funcionamiento psicosexual.

Así entonces, la vida sexual del niño resulta ser desordenada y disociada, pero muy basta en contenido donde su fin principal es la satisfacción por cuenta propia de cada pulsión, independientemente de todas las demás pulsiones. Para Freud, la sexualidad infantil experimenta una síntesis y una organización en dos recorridos; por una parte, se subordinan las diversas pulsiones a la primacía de los genitales, por lo que la vida sexual entra al servicio de la procreación y las demás pulsiones servirán como un modo preparatorio para el acto sexual propiamente dicho. El segundo camino es que la pulsión, deja de satisfacerse en la misma parte del cuerpo, se desprende y se fija en un objeto externo, por lo que para alcanzar la satisfacción solo podrá hacerlo por medio del objeto amado ajeno al sujeto.

De esta manera, al llegar la pubertad, y gracias a los efectos que tuvo la represión, es que la sexualidad se puede llevar por los caminos de la normalidad, ya que encuentra todas las reacciones así como resistencias que marcaron su entrada, se establecen los diques por medio del pudor, la moral y la repugnancia, que, como diría Freud: “mantienen, como vigilantes guardianes, dichas represiones”.

2.1 Organizaciones pregenitales: Fase oral.

La fase oral es la primera fase de desarrollo pulsional, el primer placer que obtiene el infante es por medio de la excitación de la boca al momento de ingerir alimentos. Según Freud, “la boca es, a partir del nacimiento, el primer órgano que aparece como zona erógena y que plantea al psiquismo exigencias libidinales. Primero, toda actividad psíquica está centrada en la satisfacción de las necesidades de la zona”. De esta manera: “la boca sirve en primer lugar a la autoconservación por medio de la nutrición, ... pero no se debe confundir a la fisiología con la psicología. El chupeteo del niño, actividad en la que éste persiste con obstinación es la manifestación muy precoz de un impulso hacia la satisfacción que, si bien originario en la ingestión alimentaria y estimulado por esta, tiende a alcanzar el placer independientemente de la nutrición, de modo que podemos y debemos considerarlo sexual” (Freud, 1938, p. 3385).

De acuerdo con la cita anterior, la pulsión se apunala, se apoya en una función del cuerpo que nada tiene que ver con lo sexual. Es decir, la actividad sexual, se apoya primeramente en una de las funciones dirigidas a la conservación de la vida como es el caso de la ingesta de alimentos, pero después se independiza de estas funciones de autoconservación para alcanzar su propia satisfacción, encontrando en la boca su fuente de excitación.

Desde el punto de vista fisiológico, la boca adquiere el carácter de zona erógena por un contacto succionador rítmicamente repetido, cuyo placer es

verificable cuantas veces sea realizado. En este acto succionador, puede o no estar presente la absorción de alimento. En un primer instante, nos dice Freud: "... los labios del niño se han conducido como zona erógena, siendo, sin duda, la excitación producida por la cálida corriente de la leche la causa de la primera sensación de placer" (Freud, 1905, p.1200). Después al ser privado del pecho materno, el niño buscará reproducir el placer sensorialmente recibido sin necesidad de tener la sensación de hambre. Para ello, utilizará cualquier parte de su cuerpo que sea idóneo para alcanzar sus fines, como lo puede ser la lengua los dedos de manos o el dedo gordo de los pies, o cualquier otra parte del cuerpo.

Así, al valerse predominantemente de una parte de su cuerpo, la actividad sexual que primeramente se apoyaba en una de la funciones de autoconservación para la vida como es la alimentación, ahora se separa de ella. De esta manera, el acto de succión se determina en la infancia, como un intento de disminuir la intensidad de tensión producida en ese órgano del cuerpo, y al mismo tiempo busca reproducir el placer que ha sido experimentado con anterioridad.

Esta cualidad de comportamiento sexual, consistente en la estimulación apropiada de una zona erógena como lo es la boca, carente de un objeto exterior ya que recurre únicamente a una parte del cuerpo propio, Freud la califica como un comportamiento autoerótico.

Como nos aclaran Laplanche & Pontalis (1967) el planteamiento del autoerotismo, no implica la afirmación de un estado primitivo ó inicial, que en un principio no existe un objeto, por el contrario, el chupeteo, o la succión, sigue a una primera etapa en que la pulsión sexual alcanzaba su satisfacción apoyándose en las pulsiones de autoconservación como es el hambre, y está a merced de un objeto que es en este caso el seno materno, al separarse la satisfacción sexual que proporciona la boca del hambre, se pierde el objeto y se convierte en autoerótica.

Para estos autores, el autoerotismo carece de objeto, pero no porque aparezca antes de toda relación con los objetos, ni porque con su aparición desaparezca todo objeto para alcanzar su satisfacción, "... sino únicamente el modo natural de aprehensión del objeto se encuentra escindido". (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 41). Es decir, el objeto no está presente, se disocia de toda función no sexual en la que se apoyaba y que al mismo tiempo le indicaban su fin y su objeto, conduciéndolo hacia otro fin y objeto.

El autoerotismo al hacer una referencia distinta con respecto a la relación de objeto, denota el estado anárquico en el que se encuentran las pulsiones en este momento de su evolución pulsional, ya que buscan satisfacerse en sí mismas, sin que se interrelacionen, y esto es definible por medio de lo que se expuso anteriormente en las características de las pulsiones parciales y al mismo tiempo nos revela el estado fragmentado en que el que se encuentra la imagen del cuerpo, es decir, no hay una imagen unificada del cuerpo,

Ahora bien, la fase oral no solo tiene sus implicaciones en cuanto al autoerotismo, sino que también desempeña un papel de suma importancia a nivel del psiquismo. Se habló de la lectura fisiológica que Freud nos permite realizar. Ahora, se puede realizar otra lectura en cuanto a la relación de objeto. Recordemos que la actividad autoerótica deviene después de la privación de pecho materno y que antes de su aparición, la actividad sexual en la fase oral está sometida a un fin (alimentarse) y un objeto (pecho materno) pero es a partir de la pérdida del pecho materno, donde la pulsión sexual se separa de la pulsión de autoconservación. Es en esta pérdida, donde el niño hace una representación psíquica de ese objeto que en un principio estaba presente y que ahora está ausente, así, el que el niño chupete su dedo está en función de dicha representación, no es que el niño chupete su dedo, sino que el niño chupetea el dedo ya que éste está investido por la representación del pecho materno.

Así como el fin sexual desde el plano fisiológico consiste en hacer surgir la satisfacción por el estímulo apropiado de una zona erógena. En lo psíquico

el fin sexual corresponde en la *asimilación del objeto* que derivará en la *identificación*⁴. Para Silvestre (1972) la asimilación de objeto atañe varias funciones, la primera de ellas corresponde al placer experimentado al momento de penetrar dentro de sí un objeto, seguido de la destrucción del objeto, para terminar apropiándose de sus cualidades, mismo que conservará dentro de sí.

El término de identificación fue utilizada por Freud en relación con los síntomas histéricos, lo que demarca una separación con la concepción popular de este término, en donde un sujeto de identifica con otro sujeto por medio de imitaciones, transformándose progresivamente en ese otro sujeto. La concepción Freudiana va mas allá de esta “simple” concepción esquemática de la identificación, ve a ésta como la existencia de un elemento inconciente común que se establece entre las personas con quienes se produce este fenómeno.

Para precisar lo anterior, Nasio (1991) aclara:

“Digámoslo claramente: la identificación tal como es concebida por el psicoanálisis Freudiano es un proceso de identificación efectuado en el seno mismo del aparato psíquico, fuera de nuestro espacio habitual y que no puede ser percibido en forma directa por medio de nuestros sentidos” (Nasio, 1991, p. 137).

Lo ilustra de la siguiente forma:

“Por ejemplo, que un hijo reproduzca el comportamiento de su padre desaparecido no es un buen ejemplo de identificación tal y como nosotros la entendemos; en cambio que ese mismo hijo sea presa de un repentino desmayo de carácter histérico, nos parece por el contrario la prueba indiscutible del advenimiento de una identificación inconciente. Ante este joven desmayado, el psicoanalista reconocerá la manifestación de una identificación inconciente entre el yo de un joven y un padre muerto, o

⁴ Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones.

para ser mas precisos, entre el yo y la representación inconciente del padre muerto” (Nasio, 1991, p. 137).

Siguiendo las precisiones de este autor. Para el psicoanalista el padre del niño y la representación del padre muerto, constituyen dos personas muy distintas una de la otra (véase figura 2); en el primer caso de la cita anterior, el niño imita a una persona que está ausente, reproduce una conducta o una serie de conductas aprendidas por imitación, mientras que el padre muerto del segundo caso, es la representación inconsciente con el que el yo del niño se identifica. Es decir, el desmayo del joven se identifica con la presentación psíquica inconsciente del padre muerto.

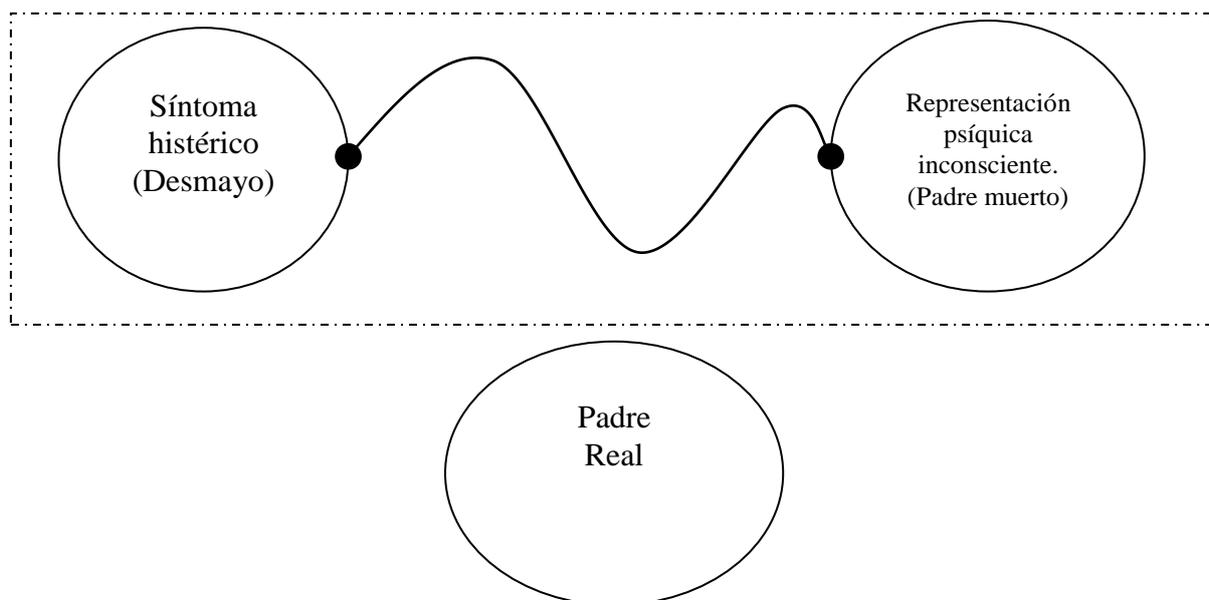


Figura 2: La identificación se da en un espacio psíquico inconsciente.

Por otra parte, y gracias a la aportación del psicoanalista Karl Abraham, la fase oral se subdivide en la fase oral-sádica, la subdivisión de esta fase se debe a la aparición de los dientes, surgiendo esporádicamente ciertos impulsos sádicos que se generalizan más en la segunda fase de la organización pregenital infantil. Así, como diría Freud: “Al incluir las tendencias agresivas en la libido

nos fundamos en nuestro concepto de que el sadismo es una mezcla instintual de impulsos meramente libidinales y puramente destructivos, mezcla que desde entonces perdurará durante toda la vida” (Freud, 1938, p.3385).

2.2 Segunda organización pregenital: Fase sádico-anal.

Segunda organización pregenital en la cual, la pulsión se organiza bajo la primacía de la zona erógena anal. Esta organización pregenital, es ubicada por Freud entre la fase oral y la fase fálica, con un marco de referencia de entre los dos y cuatro años de edad.

Desde el punto de vista fisiológico, al igual que la zona oral, la zona anal es igualmente propicia ó apropiada para que la pulsión apoye su sexualidad en otras funciones fisiológicas. El niño excita la zona anal por el hecho de retardar la defecación, hasta obtener una cierta acumulación de las heces fecales, produciendo en el niño violentas contracciones musculares y una real excitación de la mucosa anal al momento de pasar por el esfínter.

Al respecto Freud nos demuestra:

“Naturalmente, el niño no da importancia a ensuciar su cuna o sus vestidos, y solo tiene cuidado de que al defecar no se le escape la sensación de placer accesoria” (Freud, 1905, p. 1203).

De esta manera, el contenido intestinal desempeña, por otra parte, la función de un cuerpo ajeno que excita la mucosa anal en el acto de la retención que el niño efectúa sobre las heces fecales, el niño no solo obtiene un placer a nivel fisiológico sino que además tendrá repercusiones en la vida psíquica del niño.

Desde este punto de vista, se constituye el primer par antitético⁵ consistente en la polaridad *activo-pasivo*. Este primer par antitético, que en la pubertad será lo masculino y lo femenino, especifica determinados tipos de fines pulsionales.

Para Freud (1905) “La actividad esta representada por el instinto de aprehensión, y como órgano de fin sexual pasivo aparece principalmente la mucosa intestinal erógena”(Freud, 1905, p. 1210). El polo activo corresponde a la pulsión de apoderamiento ó también llamada instinto de aprehensión, se liga al trabajo muscular, a la contracción muscular ejercida por el niño para la retención de las heces fecales, mientras que el órgano cuyo fin sexual es pasivo se liga a la mucosa anal erógena, cuyo placer es dependiente de la cantidad retenida de las heces fecales al momento de pasar por el esfínter. Aunque Freud calificaba a la actividad y a la pasividad como modalidades de la vida pulsional, rechazó la existencia de pulsiones pasivas, consideraba que toda pulsión es activa consistente en el empuje y por tanto, solo es posible referirse a pulsiones con un fin pasivo.

Con base en lo anterior, y a pesar de la existencia de un objeto para ambos elementos, cada uno cumple con una función distinta, como expondría Silvestre (1972): “La primera implica ya la presencia de un objeto hetero-erótico; la segunda aún esta ligada a una tendencia autoerotica” (Silvestres, 1972, p.61), este objeto hetero-erótico, corresponde al objeto en el cual se efectúa la retención como lo son las heces fecales, y por medio de la cual se manifiesta la pulsión de apoderamiento, manifestándose sus impulsos crueles, ya que: “ La crueldad es algo que forma parte del carácter infantil, dado que aún no se ha formado en él el obstáculo que detiene al instinto de aprehensión ante el dolor de los demás” (Freud, 1905, p.1206)”. Mientras que la tendencia autoerótica correspondiente a la zona erógena anal, se satisface en la misma fuente pulsional en donde surge la excitación somática. De ahí que la fase sádica-anal, se encuentre entre la fase oral y la fase fálica, prevalece el

⁵ Freud utilizó frecuentemente este término para designar las grandes oposiciones básicas, tanto a nivel psicológico como psicopatológico, como es el caso de sadismo-masoquismo, voyeurismo-exhibicionismo y a nivel metapsicológico como lo son: pulsiones de vida y pulsiones de muerte. integrarlo

autoerotismo como en la fase oral, mientras que en similitud con la fase fálica, aparece un objeto externo.

Por otra parte, la retención de las heces fecales de manera intencional para la obtención de placer, no es la única significación resultante para el niño, sino que también funge como un medio de relación del niño con su medio circundante, es decir, la fase anal también tiene su significancia en cuanto a su relación de objeto refiere.

Bajo esta perspectiva, el excremento es considerado por el niño como una parte de su cuerpo del cual el niño solo se desprende a ruegos de la persona amada que bien puede ser la madre, o hacerlo por su propia voluntad como una manera de demostrar su cariño, a este desprendimiento que hace el niño de sus excrementos, el niño les da el significado de regalo. Según Freud (1915) "En la defecación se plantea al niño una primera decisión entre la disposición narcisista y el amor a un objeto. Expulsará dócilmente los excrementos como <<sacrificio>> al amor y los retendrá para la satisfacción autoerótica y mas tarde para la afirmación de su voluntad personal" (Freud, 1915, p.2036). Esta afirmación de la voluntad no solo se manifestará como una demostración de cariño o amor, sino también como medio de la retención de las heces fecales, como una manera de mostrar hostilidad ante alguna persona, en este sentido Freud resaltando las observaciones de Lou Andreas-Salome, dirá: "...la retención de la heces fecales se debe a que el niño se da cuenta de la existencia de un mundo exterior hostil a sus impulsos instintivos, siendo ésta la primer prohibición que se levanta ante el niño en su intento de procurarse placer por medio de la actividad anal, por lo que lo "anal" pasa a constituir todo lo prohibido, lo que es preciso rechazar y apartar de nosotros⁶" (Freud, 1920, p.1203)

Ese placer obtenido por medio de la defecación al momento de su retención y liberación, pasada la infancia pierde su significatividad erótica, pero esto no quiere decir que desaparece de la vida y evolución del sujeto, sino que

⁶ Pie de pagina agregado por Freud a Tres ensayos en el año de 1920.

se manifestará en la formación del carácter del sujeto. Al respecto Freud nos dice:

“La pulcritud, el orden y la escrupulosidad hacen la impresión de ser productos de la reacción contra el interés hacia lo sucio, perturbador y no perteneciente a nuestro cuerpo (*Dirt is matter in the wrong place*). La labor de relacionar la tenacidad con el interés por la defecación parece hartamente difícil; pero podemos recordar que ya el niño de pecho puede conducirse según su voluntad propia en lo que respecta a la defecación, y que la educación se sirve, en general en la aplicación de dolorosos estímulos sobre la región vecina a la zona erógena anal para doblegar la obstinación del niño e inspirar docilidad” (Freud, 1908, p. 1356).

Trata de la primera confrontación entre la voluntad y la cultura, entre la obstinación que produce el empuje de las pulsiones contra el reflujo de la educación en donde se domestica al sujeto. Se trata de la lucha hostil de la pulsión contra la cultura, que tendrá sus consecuencias en la formación del carácter del sujeto.

En cuanto a la equivalencia excremento = regalo no es la única que se puede dar, también pueden ser conceptos equivalentes desde el plano de lo inconsciente con: dinero, niño y pene. La equivalencia excremento = regalo = dinero, “el niño no conoce más dinero que el que le es regalado”, el excremento al ser su primer regalo, transfiere el valor de esta materia a aquella nueva que se atraviesa en su vida como un regalo igualmente importante. Freud llegó a esta conclusión a través de la experiencia psicoanalítica, estudiando los “regalos” que los pacientes han hecho a sus terapeutas así como las intensas transferencias que se pueden producir al hacer un regalo al paciente.

En palabras de Freud: “Realmente todos aquellos casos en los que dominan o perduran las formas más arcaicas del pensamiento, en las civilizaciones antiguas, los mitos, las fábulas, la superstición, el pensamiento

inconsciente, el sueño y las neurosis, aparece el dinero estrechamente relacionado con la inmundicia. El oro que el diablo *regala* a sus protegidos se transforma luego en estiércol. Y el diablo no es, ciertamente, sino la personificación de la vida instintiva reprimida e inconsciente” (Freud, 1908, p. 1356). Lo primero que el niño regala y a lo que concede gran valor es precisamente el excremento, al ser el excremento su primer regalo transfiere su valor a una nueva materia como es el dinero como un regalo igualmente importante. Pero, al caer bajo el imperio de la represión, al relacionarse el excremento con lo sucio y ajeno a nosotros, inversamente al proceso primario excremento = regalo = dinero, la equivalencia será Dinero = suciedad. La represión como instrumento de la educación civilizadora, invierte el sentido de la equivalencia primaria, desapareciendo “el interés primitivamente erótico”, pero la representación psíquica de la pulsión, se transferirá hacia un nuevo fin emergente como lo es en este caso, la tacañería.

Así, la importancia que se le concediese a la zona erógena anal, dependerá de la importancia que se le otorgue a cualquier vínculo que se deslinde de ella como: excrementos, los regalos y el dinero.

2.3 De lo fálico, el Edipo y la castración en Freud.

2.3.1 Organización genital infantil: Fase fálica.

Esta fase de desarrollo psicosexual se caracteriza principalmente por la organización de las pulsiones parciales bajo la primacía de las zonas genitales. Esta fase llamada fálica, corresponde a uno de los dos tiempos de la organización genital completa que culmina instaurándose en la pubertad., Esta fase evolutiva ocupa un lugar central en la evolución de las pulsiones para ambos sexos, ya que se encuentra correlacionada con el complejo de castración teniendo como desenlace la declinación del complejo de Edipo.

El carácter principal de esta organización genital infantil, que al mismo tiempo implica el carácter diferencial con la organización genital definida del

adulto, es que el niño encuentra en esta fase un objeto totalmente externo a él al igual que ciertas tendencias sexuales sobre ese objeto, pero la diferencia esencial que distingue la organización sexual infantil a la del adulto es que el infante no admite sino solo un órgano genital, el masculino, siendo igual para ambos sexos. Por tanto, “No existe, pues, una primacía genital, sino una primacía del *falo*”.

En un principio, el interés intelectual del niño por los enigmas de la vida sexual, consiste en la homogeneidad de los genitales. El niño atribuye a todos: hombres y mujeres al igual que a objetos inanimados órganos genitales semejantes a los suyos; para ser más precisos, el pene, ignorando por completo la existencia del genital femenino: la vagina. El niño indaga, busca en todos aquellos objetos y personas un órgano como el que él posee, quiere verlo en los demás, quiere compararlo con el suyo.

En el transcurso de la investigación que el niño emprende en su afán por descubrir el pene en todos aquellos seres que lo rodean, descubre que el pene no es una particularidad común a todos. Que hay seres que no lo poseen, y se da cuenta de ello gracias a la visión de los órganos genitales de su hermanita o de su compañera de juego. Este descubrimiento de la no homogeneidad del pene, da respuesta a la primera de sus teorías sexuales, consistente en la universalidad del pene. Al respecto precisa Freud:

“... es ya en la infancia el pene la zona erógena directiva y el principal objeto sexual autoerótico, y el valor que el sujeto le concede se coloca lógicamente en una imposibilidad de representarse a una personalidad análoga a el yo sin un elemento tan esencial. Cuando el niño ve desnuda a una hermanita o a otra niña, sus manifestaciones demuestran que su prejuicio ha llegado a ser lo bastante enérgico para falsear la percepción de lo real. Así, no comprueba *la falta del miembro*⁷, sino que se dice *regularmente*, como con intención consoladora y conciliante: << El... es aún pequeñito, pero ya le crecerá cuando vaya siendo mayor.>>” (Freud, 1908, p. 1265).

⁷ Subrayado mio

De esta manera, el que solo se tenga contemplado un solo genital, el masculino, es definible gracias a la noción de “falta” –falta de pene- por lo tanto, “... la diferencia de los sexos se constituye desde un principio alrededor de la noción de la falta: lo único que diferencia al órgano genital femenino del masculino es que le falta algo” (Dor, 1995, p. 87). Una falta resultante del juego que se da entre la presencia del pene y una supuesta ausencia del mismo. Diría Freud: “*la carencia*⁸ del pene es el resultado de una castración, surgiendo entonces en el niño el temor a la posibilidad de una mutilación análoga” (Freud, 1923, p. 2699).

Con base en lo anterior Bleichmar (2006), plantea que la fase fálica consta de dos momentos esenciales: el primero de estos momentos se manifiesta bajo la creencia de que todos los seres son poseedores del pene, el pene es un elemento que nunca falta y ni siquiera esta planteada esa posibilidad. Y nos precisa:

“En realidad se trata de un preconcepto, la generalización –a partir de una experiencia singular-. Como él tiene pene entonces todos los seres tienen pene. No existe en su psiquismo considerada la posibilidad de que alguien no lo tenga. (.....) no es que él reconozca que alguien no tiene pene y reniegue de este conocimiento, sino que no esta planteada la cuestión de que existen seres sin pene” (Bleichmar, 2006, p. 49).

El segundo momento que atraviesa a la fase fálica, consiste en la presencia del pene, “presente en un sentido existente”, es decir hay algo que esta, que el niño posee pero que se puede perder, apareciendo de esta forma la angustia de la castración en el niño ó que no ha sido recibido desde la perspectiva de la niña. Así, como bien indica el autor, “La niña considera que el varón tiene pene, es completo y que ella no lo tiene pues no se lo dio su madre”. Y concretiza: “el pene es entonces una presencia que se define en relación a una ausencia posible y a una ausencia que se hace posible en relación a una presencia supuesta” (Bleichmar, 2006, p. 50).

⁸ El subrayado es mio.

De esta manera, el par antitético que se da en esta fase es: Fállico – Castrado. Obsérvese que la posición entre estos términos no designan las dos realidades anatómicas como lo son el pene y la vagina. Sino que este par antitético significa en Freud: la oposición entre presencia-ausencia del pene es decir, según la lectura de Bleichmar, hay un pene presente - pene ausente, y se correlaciona con la oposición de máxima valoración - mínima valoración, estableciéndolo de la siguiente forma:

$$\frac{\text{Pene}}{\text{Ausencia del pene}} = \frac{\text{máxima valoración}}{\text{mínima valoración}}$$

Pero habría que hacer una distinción, a pesar de que Freud habla en su obra del “pene” como esa parte del cuerpo amenazada por una posible castración, mismo órgano que está ausente en el cuerpo de la niña, el término de “pene” no debe ser confundido con el término de “Falo”. Como nos indica Nasio desde la perspectiva Lacaniana: “Cuando Freud insiste en el carácter masculino de la libido, de lo que se trata no es de la libido peniana sino de libido fálica. Es decir que el elemento organizador de la sexualidad humana no es el órgano genital masculino sino la *representación* construida sobre esta parte anatómica del cuerpo del hombre” (Nasio, 1991, p.46) y continúa: la preponderancia del falo significa que la evolución sexual infantil y adulta se ordena según la presencia o ausencia de este pene imaginario –denominado falo— en el mundo de los humanos. Lacan sistematizará la dialéctica de la presencia y de la ausencia en torno al falo a través de los conceptos de la falta y el significante” (Nasio, 1991, p.46). Lacan fue quien elevó el vocablo “falo” a la posición de concepto psicoanalítico, mientras que el vocablo “pene” solo hace referencia a la parte anatómica del cuerpo.

El falo en la doctrina lacaniana –como puntualiza Bleichmar—no es la imagen sensible, la imagen visible, sino que es la falta con respecto a una supuesta presencia que el niño ilusoriamente cree. De esta manera: “... lo que aparece inscrito en el chico como presencia es la imagen de una falta, se

puede decir en la teoría lacaniana que el falo es el significante de una falta” (Bleichmar, 2006, p.48)

La forma imaginaria del pene, que para Lacan es el falo imaginario, consiste en una representación psíquica inconsciente resultante de tres factores: anatómico, libidinal y fantasmático. El factor anatómico proviene de las características físicas propias de este miembro y que son tanto visuales como táctiles, refiere a la forma peniana que se impone a la vista del niño y de la niña desde sus distintas posiciones (presencia-ausencia). El segundo de estos factores corresponde a la intensa carga libidinal, sensación placentera resultante de su actividad autoerótica y como tercer y último factor: el fantasmático (véase figura 3), refiere a la angustia derivada “por el fantasma de que dicho órgano podría ser alguna vez mutilado” a lo que Nasio extiende diciendo: “.... a partir de todo esto se hace fácilmente comprensible el hecho de que el término “pene” –vocablo anatómico—resulte impropio para designar esta entidad imaginaria creada por la buena forma de un órgano pregnante, el intenso amor narcisista que el niño le confiere y la inquietud extrema de verlo desaparecer. En suma, el pene, en su realidad anatómica, no forma parte del campo del psicoanálisis; solo entra en este campo, en tanto atributo imaginario –falo imaginario—con el cual están provistos solamente algunos seres.” (Nasio, 1991, p. 47)

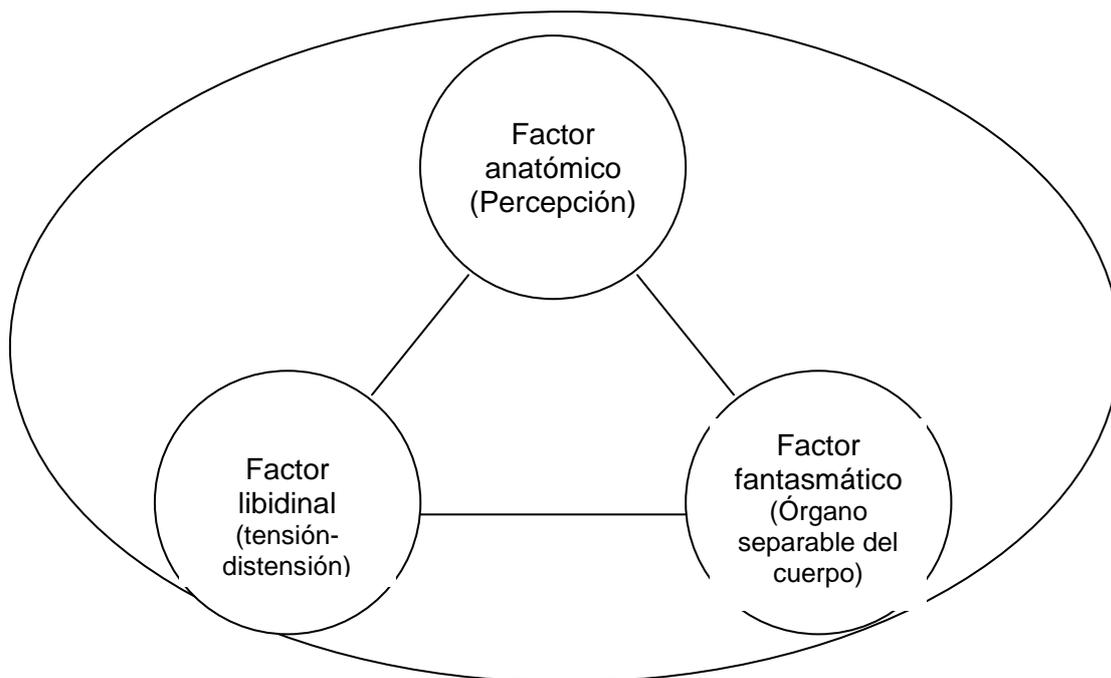


Figura 3: factores constituyentes del falo imaginario propuesto por Lacan.

El falo no solo se representa su forma imaginaria, sino que también se registra bajo el orden de lo simbólico (véase figura 4).

El falo simbólico, “asigna al órgano masculino el valor de *objeto separable del cuerpo*” es un objeto que puede desprenderse, y no solo eso, sino también intercambiarse con otros objetos, a diferencia del falo imaginario que es determinada por la presencia o ausencia del órgano masculino, lo que se trata aquí es que el falo simbólico adquiere un lugar en una serie de términos equivalentes, por ejemplo pene = heces = niño, o en la mujer, la sustitución del deseo del pene por el deseo de procrear, “el falo imaginario es remplazado *simbólicamente* por un niño” (Nasio, 1991, p. 47).

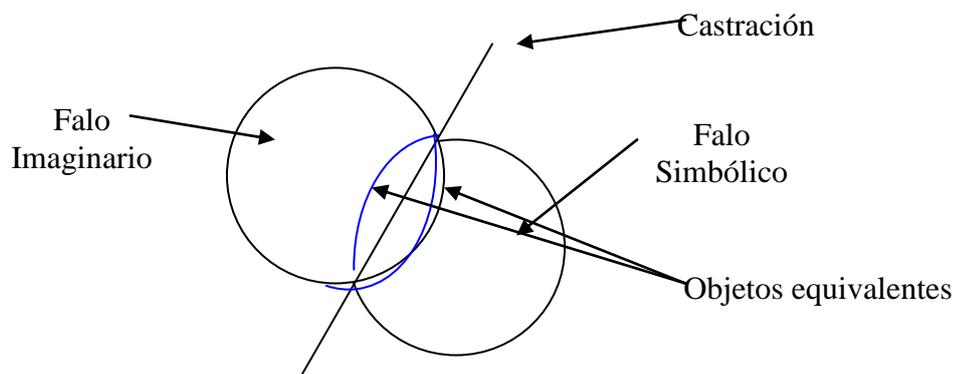


Figura 4: falo imaginario y falo simbólico, atravesados por la castración.

Pero el falo bajo el orden de lo simbólico no solo tiene como característica ser parte en una serie de términos equivalentes, sino que va mas allá de eso, según nos explica Nasio, es la esencia misma de la serie, ya que es la que garantiza la existencia misma de esa serie equivalente de términos. Es decir, articula toda esta serie de objetos “aparentemente” ajenos unos de otros haciendo que se jueguen como “objetos equivalentes en el orden del deseo humano”. La experiencia de la castración resulta ser tan importante para la constitución de la sexualidad humana, que el objeto central imaginario en el que se organiza la castración, deja su huella en todas las demás experiencias erógenas no importando la zona del cuerpo que se tratase. Así, las fases de desarrollo como la oral y la anal, reproducen el mismo diseño que el de la experiencia de la castración. Según el autor desde la lectura lacaniana de Freud, estos objetos perdidos como el seno y las heces asumen el mismo valor que el falo imaginario. Pero este falo imaginario deja de ser imaginario al momento que entra en el orden del deseo, por este hecho, se excluye de la serie convirtiéndose en el patrón simbólico que le da el carácter sexualmente equivalentes ya que todos están referidos a la castración. De esta forma, Nasio nos indica:

“El falo simbólico significa y recuerda que todo deseo en el hombre es un deseo sexual, es decir, no es un deseo genital sino un deseo tan insatisfecho como el deseo incestuoso al cual el ser humano hubo de renunciar” (Nasio, 1991, p. 49)

Y prosigue:

“Afirmar con Lacan que el falo es el significante del deseo implica recordar que todas las experiencias erógenas de la vida infantil y adulta, todos los deseos humanos (deseo oral, anal, visual, etcétera) estarán siempre marcados por la experiencia crucial de haber tenido que renunciar al goce de la madre y aceptar la insatisfacción del deseo. Decir que el falo es el significante del deseo equivale a decir que todo deseo es sexual, y que todo deseo es finalmente insatisfecho (.....) las satisfacciones resultan siempre insuficientes respecto del mito de goce incestuoso. El significante fálico es el límite que separa el mundo de la sexualidad siempre insatisfecha del mundo del goce que se supone absoluto.” (Nasio, 1991, p. 49).

Remitiéndonos a la cita anterior, todo objeto fálico, es decir, todo objeto de deseo, al estar destinado a su pérdida a causa de la castración, implica una separación del sujeto con respecto al objeto el cual nunca se podrá gozar en su totalidad o absolutamente. La castración, además de colocar al sujeto ante la asunción de su sexualidad real anatómica, nos delimita en el momento en el que renunciamos al goce incestuoso de la madre. Si todo objeto es fálico a causa de la castración, y éste a su vez es prohibitivo del goce incestuoso de la madre, quiere decir que el falo es el significante de la ley. En otras palabras: “Para Lacan la castración es el corte producido por un acto que secciona y disocia el vínculo imaginario y narcisista entre la madre y el niño” (Nasio, 1991, p. 50). Recordemos que la madre desea tener el falo, derivado de este deseo es el de procrear un hijo, por tanto, el hijo es el falo imaginario de la madre, este niño a su vez, se posiciona en este lugar y satisface el deseo de su madre, se asume como su falo.

Así Lacan difiere con Freud quien cree que la castración recae solamente en el niño y asegura que lo que realmente se castra es el vínculo entre la madre y el hijo. El acto de la castración tiene que ser operado por un tercer elemento, ya que de no ser así nunca se rompería dicho vínculo. Dicho operador se da bajo la figura del padre, quien es el portador de la ley prohibitiva del incesto, cuya palabra representa la ley simbólica al realizar una

doble castración “castrar al Otro materno de *tener el falo* y castrar al niño de *ser el falo*” (Nasio, 1991, p. 50)

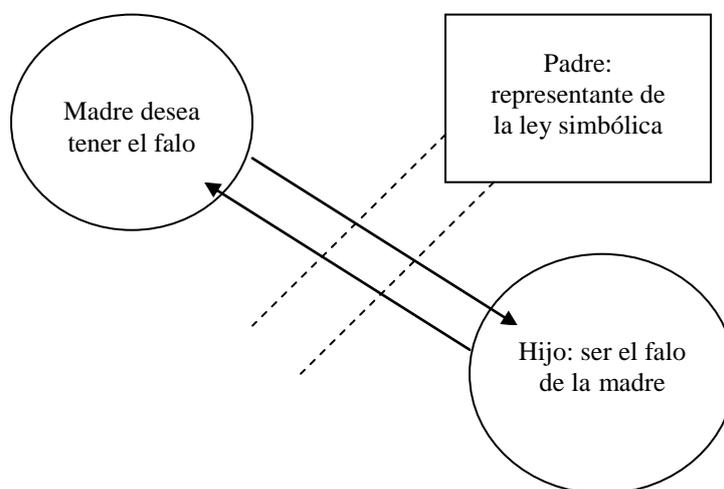


Figura 4: Castración bi-direccional que la ley simbólica realiza sobre la madre y el hijo.

De esta manera, el carácter real del “pene” en Freud y el falo como representante psíquico del “pene” freudiano en Lacan, es el centro en el que se constituye la sexualidad humana. Es el objeto de deseo esencial de nuestra sexualidad insatisfecha, ya que en la teoría de Freud –como indica Lacan- “la prevalencia del centro fálico nunca fue modificada” (citado por Nasio, 1991, p. 45).

2.3.2 Complejo de Edipo.

2.3.2.1 Generalidades del Complejo de Edipo. Introducción del término “complejo”.

El término *complejo* fue introducido por la escuela psicoanalítica de Zurich, gracias a los experimentos de asociación realizados por Jung. Estos

experimentos proporcionaban a la hipótesis del complejo una base mas amplia y experimentable con relación al estudio de casos sobre la histeria. Según Laplanche & Pontalis (1967) Freud muestra interés en los experimentos de asociación, aunque desde un principio y de manera muy temprana, pone objeciones sobre el término *complejo*. Para Freud la palabra complejo implicaba: “una palabra cómoda, y a menudo imprescindible para reunir en forma descriptiva hechos psicológicos. Ninguna otra palabra introducida por el psicoanálisis para sus propias necesidades ha adquirido tan gran popularidad ni ha sido tan mal aplicada, en detrimento de la construcción de conceptos más precisos” (citado por Laplanche & Pontalis, 1967, p. 56).

Según los autores, las reservas de Freud con respecto al manejo del concepto “complejo”, se debía a una posible tipificación psicológica, a lo cual Freud se oponía rotundamente, debido a que podría opacar las singularidades de cada caso, así como tener como explicación lo que en realidad resulta ser el problema, perdiendo el verdadero valor estructurante que tiene los complejo como lo es el complejo de castración.

A la fecha, el término complejo sigue siendo de cierta manera confuso, pero podría delimitarse para un mejor empleo, así Laplanche & Pontalis (1967) distinguen tres sentidos:

“1. El sentido original que designa una disposición relativamente fija de cadenas asociativas. A este nivel se presupone la existencia del complejo para explicar el modo singular en que derivan las asociaciones.

2. Un sentido más general, que designa un conjunto más o menos organizado de rasgos personales, (incluidos los mejor organizados). Haciendo recaer el acento fundamentalmente sobre las reacciones afectivas. A este nivel la existencia del complejo se reconoce sobre todo porque las situaciones nuevas son desplazadas *inconscientemente* a situaciones infantiles (.....). Pero esta acepción ofrece el peligro de implicar una generalización abusiva: se tenderá a crear tantos o más complejos como tipos psicológicos se imaginen. A nuestro modo de ver, es

esta desviación <<psicologizante>> la que suscitó los reparos y más tarde el desinterés de Freud por la palabra complejo.

3. Un sentido mas estricto que se encuentra en la expresión (siempre conservada por Freud) <<complejo de Edipo>>, y que designa una estructura fundamental de las relaciones interpersonales y la forma en que la persona encuentra en ella su lugar y se lo apropia". (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 57).

De esta manera, el término *complejo* solo tiene validez -según las puntualizaciones de los autores- siempre y cuando remita a dimensiones de la estructura edípica como es el caso del complejo de castración, complejo que se inscribe dialécticamente con el complejo de Edipo.

2.3.2.2 Contexto naciente del complejo de Edipo.

Por otra parte, y delimitado el empleo del término complejo a las dimensiones de la estructura edípica, nos vemos en la necesidad de enmarcar el contexto en el que se constituye tanto a nivel teórico como práctico, la noción del complejo de Edipo.

Como afirma Perrés (2000) hay un grado de implicación personal de Freud sobre los descubrimientos y conceptualizaciones producidos gracias a su "autoanálisis" ya que las grandes conceptualizaciones que dan un fundamento importante a sus postulados teóricos provienen de dicho análisis.

A causa de los sentimientos que tuvo Freud tras la muerte de su padre Jacob. Sigmund Freud de 40 años, decide iniciar en sí mismo algo que es considerado en la historia del psicoanálisis como un: "suceso legendario casi mítico" como es su autoanálisis, el cual duró cerca de cuatro años. Analizando sus sueños, Freud había descubierto el camino al inconsciente que lo llevó a establecer la asociación libre.

Al respecto menciona:

“algunos tristes recuerdos de la vida, nos conducen hasta las primeras interrogantes. Ahora estoy experimentando en mí mismo todo lo que he podido experimentar en mis pacientes. Hay veces en las que me siento deprimido porque no he entendido nada de los sueños y las fantasías del día, otras veces un rayo de luz ilumina mis ideas”

Como mencionan en el documental “*Sigmund Freud: Analysis of a mind*”, cada noche, después de atender a sus escasos pacientes, se recostaba en el diván y practicaba la asociación libre analizando sus propios sueños. Según esto, Freud tenía síntomas como su fobia a viajar, desmayos frente a personas importantes y su adicción al tabaco.⁹

Tras tener pocos pacientes y mucho tiempo libre, su autoanálisis se convierte en su principal interés, como le comunica a su amigo Fliess en su carta del 15 de octubre de 1897, con quien mantenía correspondencia:

“Mi autoanálisis es, en efecto, lo más importante que tengo entre manos, y promete llegar a ser del mayor valor para mí si lo llevo hasta su valor final. Cuando se hallaba en pleno curso quedó interrumpido de pronto durante tres días; tuve entonces esa sensación de estar internamente trabado, de la que tanto suelen quejarse, y en realidad me sentí desolado...” (Freud, carta n.71, 1897, p. 3582).

⁹ Adicción del cual nunca pudo librarse siendo el motivo de un cáncer de mandíbula.



Figura 4: el autoanálisis de Freud.

Así, tras una serie de interpretaciones sobre sus sueños, Freud le comunica a su amigo:

“También en mi comprobé el amor por la madre y los celos contra el padre, al punto que los considero ahora como un fenómeno general de la temprana infancia, aunque no siempre ocurren tan prematuramente como en aquellos niños, que han devenido histéricos” (Freud, carta n.71, 1897, p. 3584).

Y continúa:

“Si es así, se comprende perfectamente el apasionante hechizo del *Edipo rey*, a pesar de todas las objeciones racionales¹⁰ contra la idea del destino¹¹ inexorable que el asunto presupone, y entonces también podríamos comprender por qué todos los dramas ulteriores de este género estuvieron condenados a tan lamentable fracaso”. (Freud, carta n.71, 1897, p. 3582).

¹⁰ Freud sufrió de una reputación de libertino, se decía que era un escritor de pornografía y que era una persona sucia y desagradable.

¹¹ Citado en el documental *Sigmund Freud: analysis of a mind*, comenta: “Es un destino que nos mueve porque pudo ser el nuestro, quizás sea algo inevitable que dirijamos nuestro primer estímulo sexual hacia nuestra madre y nuestro primer odio e impulsos agresivos contra nuestro padre, nuestros sueños nos convencen de que es así” –Freud.

Freud no escribió sistemáticamente sobre el complejo de Edipo, aparece implícitamente en escritos que se correlacionan con el complejo de castración. Lo más cercano o más preciso sobre el complejo de Edipo sólo se encuentran en las cartas dirigidas a su amigo Fliess, a quien, además de comunicarle sus pesares con respecto a sus pacientes y a su evidente soledad¹², le informa por medio de la interpretación de sus sueños, los descubrimientos con respecto al Edipo.

Como podemos observar, en la primera formulación del complejo de Edipo, Freud corresponde la condición individual de un sujeto con el mito de Sófocles: Edipo rey. Edipo mata a su padre y mantiene una relación incestuosa con su madre. Al darse cuenta de ello y a manera de expiar sus culpas, Edipo se arranca los ojos.

Esta primar formulación consiste en que el hijo o la hija, tienen impulsos eróticos hacia el progenitor del sexo contrario y al mismo tiempo, tienen impulsos agresivos hacia el progenitor del mismo sexo, es decir, el hijo desea a la madre y al mismo tiempo odia al padre porque es el que puede arrancarla de su lado y la niña, su deseo por el padre y su odio a la madre, aunque en el caso de la niña la relación edípica es mas compleja.

A esta primera formulación Freud le da un carácter de universalidad, considera que todo ser humano es atravesado por este complejo que se presenta entre los tres y cinco años de edad, pensó que la influencia de este complejo era tal, que era la causante de las neurosis que sufrirá en su vida ulterior el sujeto. Al respecto diría Freud: “los impulsos hostiles contra los padres (el deseo de que mueran) constituyen elementos integrantes de las neurosis. Salen a la luz conscientemente en la forma de ideas obsesivas; en la paranoia les corresponden los peores delirios persecutorios (desconfianza patológica del gobernante o del monarca) estos impulsos son reprimidos en

¹² En diferentes cartas encontramos frases tales como: “Los negocios andan mal por aquí, según creo, nos esperan tiempos muy difíciles” .y “discúlpame la charla desordenada de hoy que solo está destinada a mantener la continuidad de nuestra correspondencia” o en la carta del 5 de noviembre de 1897 donde dice: “En realidad nada tengo que decirte hoy; pero te escribo en uno de esos momentos en que tanto se necesita el coloquio y el aliento de un amigo....”

aquellas ocasiones que reaniman la compasión por los padres, como su enfermedad o su muerte” (Freud, 1897, p.3573).

Pero aunque Thompson (2006), diga que el complejo de Edipo no guarda las características propias con que Freud expuso este complejo cuando dice: “Las investigaciones antropológicas contemporáneas han puesto en claro que el complejo de Edipo, tal como lo describe Freud, no es universal, sino que es un producto de la sociedad patriarcal monogámica. Y se desarrolla en las situaciones en donde el mundo interpersonal primitivo del niño, esta compuesto por un pequeño grupo familiar” (Thompson, 2006, p. 48). Tendremos que recordar que la sociedad tal cual esta constituida actualmente, no ha variado en gran medida en su estructura fundamental si la comparamos con la estructura social en la que vivió el mismo Freud.

2.3.2.3 El complejo de Edipo en el niño.

El complejo de Edipo en el niño resulta para el Psicoanálisis más comprensible debido a que el objeto de deseo para el niño es la madre, que resulta ser el progenitor del sexo contrario, misma que venía siendo desde el momento de la lactancia o también llamada fase oral.

Según la lectura realizada a lo largo de este acercamiento de quien escribe, el objeto resulta inalterable a lo largo del trayecto de la actividad pulsional, la madre amamanta en el caso de la fase oral, es a la madre a la que el niño regala sus heces fecales en la fase sádica-anal, y es por la madre que el niño realiza actividades masturbatorias en la fase fálica.

Ante estas actividades masturbatorias, el niño recibe una serie de amenazas que ponen en peligro ese órgano tan apreciado por él, ante estas primeras intimidaciones el niño no presta atención, como señala Freud: “Esta amenaza de castración parte casi siempre alguna de la mujeres que rodean habitualmente al niño, las cuales intentan muchas veces robustecer su

autoridad asegurando que el castigo será llevado a cabo por el médico o por el padre” (Freud, 1924, p. 2749).

Hasta que el niño, en su experiencia diaria, en contacto con compañeritas de juego, rompe su incredulidad ante las amenazas puestas con anterioridad sobre su pene, al presenciar esa región genital femenina. Ante la ausencia, el niño se convence de la **falta** de ese órgano de que tanto se enorgullece “en un ser tan semejante a él”. Es como establece Rojas (2008) “Freud formula la tesis: al articularse la percepción del genital femenino con la amenaza de castración, el niño puede representarse la pérdida de su pene. De esta forma, la organización fálica sucumbe a una amenaza de castración como castigo por la masturbación y los deseos incestuosos hacia la madre” (Rojas, 2008, p. 38).

La masturbación no es un acto que se reduzca a la masturbación en sí, es decir, no se reduce al placer experimentado al momento de la manipulación del pene. Al igual que la fases anteriores –oral y anal- la masturbación también se da en función a sus relaciones objetales, que son determinadas por el complejo de Edipo. Diría Freud:

“La masturbación no es mas que la descarga genital de la excitación sexual correspondiente al complejo, y deberá esta relación a su significación para todas las épocas ulteriores. El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y otra pasiva. Podía situarse en posición masculina en el lugar del padre y tratar como él a la madre, actitud que hacía ver pronto en el padre un estorbo, o querer sustituir a la madre y dejarse amar por el padre” (Freud, 1924, p. 2749).

Aunque el complejo de Edipo fue descubierto por Freud en su forma positiva, donde el objeto de deseo es el progenitor del sexo contrario, y el objeto odiado es el progenitor del mismo sexo. Freud también describe su forma negativa, el cual consiste en tener por objeto de deseo al progenitor del mismo sexo y como objeto odiado al progenitor del sexo opuesto. De esta manera, “... el complejo de Edipo designa la situación del niño en el triangulo.

La descripción del complejo de Edipo en su forma completa permite a Freud explicar la ambivalencia hacia el padre por la intervención de los componentes heterosexuales y homosexuales y no como el simple resultado de una situación de rivalidad” (Laplace & Pontalis, 1967, p. 63)-

De esta manera, la aceptación de una posible castración, al igual que el descubrimiento de que la mujer parece castrada, pone punto final a las dos posibilidades de satisfacción, tanto activa como pasiva, de poseer **el lugar** de amar a la madre o de ser amado por el padre.

La eventualidad de satisfacción amorosa y la probable pérdida del pene a razón de esa satisfacción amorosa con el progenitor del sexo opuesto basada en el complejo de Edipo, coloca al niño en un conflicto entre el interés narcisista por esta parte tan apreciada de su cuerpo y la carga pulsional o libidinal a los objetos parentales. Para Freud, la resolución mas normal o común, consiste en la renuncia a la satisfacción amorosa y así evitar la posibilidad de perder esa parte del cuerpo tan apreciada por él como es el pene.

Como una consecuencia de esta demolición del complejo de Edipo, tiene que ser resignada la investidura de objeto de la madre y puede tener dos diversos reemplazos: una identificación con la madre, o una identificación¹³ con el padre. La autoridad del padre como portador de la ley, es introyectada en el yo del niño y constituye lo que Freud denomina como: “el nódulo del superyo”. El superyo es la instancia psíquica que conserva el carácter del padre, refiriéndose al padre como una representación de la ley que norma y regula al sujeto, guardando así, en el nombre del padre, el carácter de autoridad normativa. Cuanto más fuerte fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión, tan mas riguroso devendrá después el imperio del superyo como conciencia moral.

¹³ Recordemos que esta identificación nada tiene que ver con comportamientos imitados, conductas observables como lo enmarca la psicología científicista como el conductismo, la identificación desde la teoría Freudiana, se da en el seno mismo del aparato psíquico, fuera de un espacio y no se percibe de forma directa por medio de nuestros sentidos.

El superyo, al tomar el rigor del padre, perpetua la prohibición del incesto garantizando al yo contra el retorno de las carga de objeto libidinal. De esta manera, todos los impulsos eróticos ó tendencias libidinales relacionadas con el complejo de Edipo, quedan así desexualizadas y sublimadas, dando paso al periodo de latencia¹⁴ que interrumpe la evolución sexual del niño.

Lo anterior sucede bajo la forma normal de la declinación del complejo de Edipo. Pueden suceder otras dos variantes en las cuales el niño no logre desproveer a la madre del pene. Es decir que el niño fije ese miembro a la madre no logrando nunca castrarla, como menciona Freud:

“Cuando esta representación de esta mujer provista de un miembro viril llega a quedar <<fijada>> en el niño, (.....) y creando la incapacidad de renunciar al pene en el objeto sexual, el sujeto—cuya vida sexual permanece normal en todo otro aspecto—se hace necesariamente homosexual, y busca objetos sexuales entre hombres que por algunos caracteres somáticos o anímicos recuerden a la mujer. La mujer real, tal y como luego la descubre no puede constituir nunca para él un objeto sexual, pues carece a sus ojos del atractivo sexual esencial, e incluso, puede llegar a inspirarle horror” (Freud, 1908, p. 1266)

De esta manera, la visión de los genitales femeninos, cuya imagen es el resultado de una castración, recuerda al sujeto la serie de amenazas recibidas con anterioridad a causa de sus actividades masturbatorias, lo que le produce un espanto en lugar de placer. El devenirse homosexual, consiste esencialmente en la fijación del pene a la madre, es decir que la madre es la máxima valoración, es la que lo tiene, recordemos que el pene es el centro en el que se constituye la sexualidad humana, es el objeto de deseo esencial de nuestra sexualidad insatisfecha.

La otra variante, es la creación de un fetiche, ya que el fetiche es para Freud: un sustituto de pene. Pero no es un sustituto de un pene cualquiera, “es

¹⁴ Como marca Silvestre (1972) el período de latencia no es designado como estadio, ya que aquí no hay una nueva organización de la sexualidad infantil, comienza con la declinación del complejo de Edipo aplazando la madurez sexual del niño. Da el tiempo para alzar los diques de la educación que permiten la represión y sublimación de las pulsiones del niño como lo son las sexuales y las agresivas.

el sustituto del falo en la mujer”. Al igual que el homosexual, el niño se niega a aceptar lo percibido por los sentidos de que la mujer no posee un pene. Ya que si la mujer esta castrada, la posesión de su pene corre peligro. La diferencia entre estos dos, es que el homosexual ha fijado el falo en la madre, mientras que el fetichista, ha creado un sustituto de ese falo materno, es decir, que ese pene ya no es el que antes era, se ha reasignado en algo. Esta reasignación, ó formación sustitutiva del falo materno le permite al fetichista: 1) una forma de protegerse ante el horror de la castración que es la posibilidad de perderlo , lo que se traduciría como un triunfo ante el horror de la castración y 2) le permite reconocer la castración en la mujer y por tanto tenerla como objeto de deseo ya reconoce la carencia o la falta de tanpreciado miembro. Recordemos que en el homosexual, al conservar la madre el falo, las demás mujeres “carecerán” de ese atributo, por lo que el homosexual las rechazar por no tenerlo, haciendo de su objeto de deseo al mismo hombre.

En el caso de fetichista, existe una disociación entre la impresión generada por el genital femenino y el deseo de que la madre lo tenga; el choque entre ambos es lo que da paso a la creación de fetiche, este objeto del que el fetichista se vale, se juega desde lo inconsciente y el consciente, ya que en lo inconsciente, es donde reside el deseo de que la madre tiene un pene y en el consciente reside la afirmación de la castración. Por tanto, podemos apostar que el fetiche es más bien una formación de compromiso, que le permite al sujeto lidiar con la impresión del genital femenino y no devenir homosexual.

En este sentido, la elaboración o elección del fetiche – diría Freud- será determinado por ese objeto anterior al momento del descubrimiento, ese objeto como lo serían: pies, cabellos ó el fetiche más común como lo es la ropa interior, sobreviene en dos sentidos: 1) marca el trayecto que el niño siguió al darse cuenta de la diferencia y 2) el fetiche en el caso de la ropa íntima, “detienen el momento del desvestido, el último en el que todavía se pudo considerar fálica a la mujer” (Freud, 1927, p. 2995)

Tal vez pueda representarse mejor mediante el siguiente esquema:

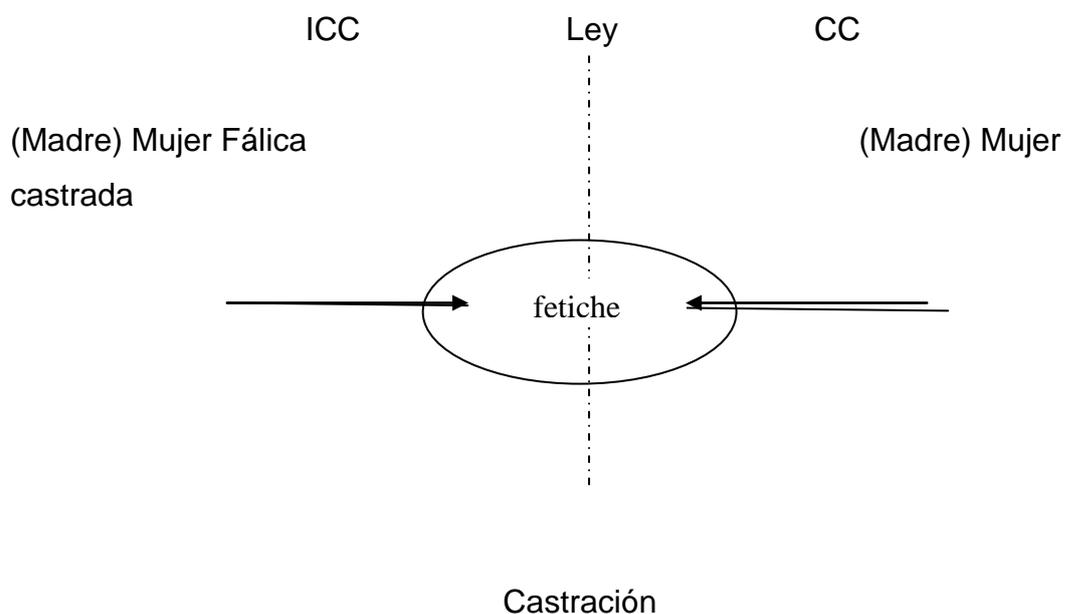


Figura 5: El fetiche como formación de compromiso

Como señala el diagrama, el fetiche es una formación de compromiso, que le permite al sujeto lidiar con el dilema ocasionado a partir del complejo de castración de fijar de o de castrar a la madre del pene, el fetiche le permite al fetichista, mantener ambas representaciones y mantenerse aparentemente dentro de la norma.

2.3.2.4 El complejo de Edipo en la niña.

Cosa muy diferente sucede con la niña en el complejo de Edipo según Freud. Su trayecto resulta más largo y oscuro. La niña tiene que enfrentarse ante dos problemas a los cuales el niño no, como lo es al cambio de objeto y de órgano sexual. Así, "el complejo de Edipo de la niña pequeña implica un problema más que el del varón" (Freud, 1925, p. 2898).

Antes de seguir adelante, habría que hacer primero una aclaración, tanto el niño como la niña, se ven inmersos en el complejo de Edipo, aunque de formas distintas. Freud nunca utilizó un término tal como el de “complejo de Elektra” para describir el trayecto que sigue la niña, como se suele escuchar en voces ajenas al psicoanálisis. Freud nunca lo aceptó porque cambiaba tanto la dinámica como el sentido al complejo de Edipo, y ponía en peligro la supremacía de la función del padre como portador de la ley.

Así mismo, la sexualidad femenina siempre fue algo intrigante para Freud. “La sexualidad Femenina azora a Freud que no deja de proclamar su ignorancia” (Menahem, 2003, p. 85) asegura que Freud sabe que él está en la misma posición que la ciencia anatómica, la poesía y la psicología, es decir que no está en condiciones de dar una solución a tan gran enigma, afirma que él no quiere conocer la verdad ya que esto puede modificar considerablemente las teorías sexuales infantiles en particular el monismo fálico. Y busca una especie de refugio en las analistas mujeres para que éstas develaran el enigma que la mujer representa para el hombre mismo.

En cuanto al complejo de Edipo, tenemos claro que el primer objeto amoroso del niño es la madre, estos impulsos eróticos que tiene el niño hacia ella se presentan durante *su* complejo de Edipo, y que en el fondo, bajo una disolución del complejo de Edipo normal, mantendrá a la mujer como objeto amoroso por toda su vida.

Para Freud, también la niña tiene como *un* primer objeto a la madre, e incluso a figuras tales como la niñera o la nodriza, en quienes se condensa la figura materna. Las primeras cargas pulsionales que se dirigen hacia la madre, es por que es ella la que satisface desde el principio las grandes y vitales necesidades así como los cuidados necesarios que necesita todo sujeto infantil, que resultan ser los mismos para ambos sexos.

Durante esta época en la cual la niña desea a su madre al igual que el niño, el padre es un rival, ocupando el mismo lugar que en el Edipo del niño. Así, la forma en como la niña se relaciona con el padre en ulteriores ocasiones

como en la adolescencia, tendrá su génesis en su relación con la madre. Según las aportaciones de mujeres psicoanalistas como: Brunswick, Lampl-de Groot y Deutsch, quienes hablan de esta “ligazón-madre”, Freud se ve en la necesidad de aceptar una fase anterior al Edipo tal y como lo concebimos, esta fase es denominada como: fase preedípica.

La fase preedípica de la cual goza solamente la niña, encuentra su fin por medio del complejo de castración. Recordemos que el niño, al tener contacto con personas del sexo contrario como lo pueden ser sus compañeritas de juego, su hermana e incluso su propia madre, presta atención a las amenazas que le fueron hechas con motivo a su actividad masturbatoria y que antes había ignorado, sucumbiendo ante la angustia de la castración y renunciando al Edipo, al mismo tiempo en que se instaura en él el superyo. Cosa distinta sucede en el caso de la niña, ésta está sujeta en principio a la ligazón-madre, el cual está englobado bajo el concepto de fase preedípica. Al estar en contacto con personas del sexo contrario, se da cuenta de que ella no tiene un órgano como el que el niño tiene, se siente en perjuicio, ya que la niña no tiene conocimiento de su órgano genital: la vagina. La niña se ubica en una oposición de inferioridad (recordemos las observaciones de Bleichmar: ausencia del pene = mínima valoración) definiéndose a sí misma como un varón defectuoso, instaurándose en ella el deseo de volver a ser fálica. Inscribiéndose por tanto, *un* complejo de castración que derivada en el motor principal de la evolución edípica: la envidia del pene.

A este momento nos dirá Freud:

“Como veis, adscribimos también a la mujer un complejo de castración. Fundamentalmente, desde luego; pero el mismo contenido que el del niño. En este último el complejo de castración se forma después que la visión de unos genitales femeninos le han revelado que el miembro que tanto estima él no es, como suponía, inseparable de todo ser humano” (Freud, 1933, p. 3172).

Y continúa entablando una comparación con el niño:

“También el complejo de castración de la niña es iniciado por la visión del genital del sexo opuesto. La niña advierte enseguida la diferencia y – preciso es confesarlo—también su significación. Se siente en grave situación de inferioridad manifiesta con gran frecuencia, que también ella <<quisiera tener una cosita así>>, y sucumbe a la <<envidia del pene>>, que dejara huellas perdurables en su evolución y en la formación de su carácter” (Freud, 1933, p. 3172).

Esta conceptualización ha sido punto de controversia. Por ejemplo, para Nasio (1991) la niña no pasa por una envidia del pene, ya que “la primera reacción de la niña ante la falta es alarmarse tanto por su desventaja anatómica, que se aleja de toda sexualidad general, se niega a entrar en la rivalidad con el varón y en consecuencia no anida en ella la envidia”. O en el caso de Thompson (2006) quien acusa a Freud de conceptualizar este término como una consecuencia de la visión de la época victoriana sobre las mujeres cuando menciona que: “Freud tampoco pudo liberarse nunca de la actitud victoriana hacia la mujer. Aceptaba como parte inseparable del modo de ser femenino las limitaciones que en su vida y en sus perspectivas le imponía la época victoriana. La actitud del hombre hacia la mujer no podía ser sino de galantería o brutalidad. Era rara la persona que podía tratar simplemente como un ser humano al miembro del sexo opuesto. Y esto se refleja en la obra de Freud. Sus expresiones caballerescas y, (.....) Sus conceptos de complejo de castración y de la envidia del pene –que son dos ideas básicas de su pensamiento- las postula bajo el supuesto de que la mujer es biológicamente inferior al hombre” (Thompson, 2006, p. 143).

Para Freud, el descubrimiento del complejo de castración en la niña, constituye el punto crucial para su evolución, para su carácter. A partir de este momento, Freud traza tres posibles destinos en su evolución: uno conduce hacia la inhibición sexual que tiene su desenlace en la neurosis; se caracteriza por la renuncia a la satisfacción masturbatoria del clítoris, inhibe la actividad que representa el procurarse placer. El segundo de estos destinos, se liga a la transformación de su carácter devienen complejo de masculinidad, complejo

que influirá en un sobrevenirse homosexual y por último y tercer destino, el desenlace normal: la feminidad.

Con respecto al último destino, la sujeto –como le dice Freud- renuncia a una cantidad de actividad, haciéndose dominante la pasividad característica de la feminidad, se realiza uno de los dos virajes que entran en el enigma de la mujer: el paso del clítoris a la vagina, mismo que se presentará hasta la pubertad. El otro viraje propio de la trama femenina, consiste en el paso del objeto amoroso, del paso de la madre al padre y que proviene de la “envidia del pene”. Dirá Freud: “El deseo con el que la niña se orienta hacia el padre es quizá, originalmente, el de conseguir de él el pene que la madre le ha negado. Pero la situación femenina se constituye luego, cuando el deseo de tener un pene es relevado por el de tener un hijo, sustituyendo así el niño al pene, conforme a la antigua equivalencia simbólica” (Freud, 1938, p. 3174). La niña al darse cuenta que su madre tampoco tiene un pene, la culpa de no haberla proveído de ese órgano, se siente perjudicada por culpa de su madre y buscará quien pueda proveerla de tan digno órgano. De esta forma, al transferir su deseo pene-niño al padre, es como la niña entra en el complejo de Edipo, los sentimientos de hostilidad que en un principio estaban dirigidos al padre, ahora se dirigirán a la madre, de igual forma, los sentimientos que originariamente eran para la madre ahora se transferirán al padre. Así, el complejo de castración en la niña trae consigo una consecuencia muy distinta a la del niño, el complejo de castración en el niño impulsa a éste a salir del complejo para si poder conservar su preciado órgano, mientras que en la niña, el complejo de castración rompe con la fase preedípica y la introduce al complejo de Edipo en el cual puede permanecer de manera indefinida y sólo más tarde y de modo incompleto lo supera, bajo estas circunstancias, también en la niña se instituye un superyo, solo que a diferencia del superyo del niño, en la niña no tiene la misma “robustez y la independencia que le confieren su valor cultural”. Así, Freud señala:

“En la niña casi lo contrario. El complejo de castración prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo; la influencia de la envidia del pene aparta a la niña de la vinculación a la madre y la hace entrar a la situación del

complejo de Edipo como en un puerto de salvación. Con la desaparición del miedo a la castración, se desvanece el motivo principal que había impulsado al niño a superar el complejo de Edipo” (Freud, 1938, p. 3174).

Nos hablan por tanto de un devenir niño-mujer, en un principio la niña era como un varón, semejante al varón en tanto actividad pulsional como en elección objetal refiere. Como asegura Kofman (1982):”La mujer como tal, esencia eterna, no existe; ella es el producto (posible) de una cierta constitución y de una cierta historia que varían según los individuos. No se nace mujer, uno se convierte en mujer” (Kofman, 1982, p. 139). Esta autora asegura, que Freud intenta buscar como ese pequeño varón se adviene mujer, la mujer no es una condición natural cuya esencia reside en la feminidad, la mujer es el producto de un desarrollo, de un momento histórico que se refleja en la educación.

Esto último lo podemos observar en campos fuera del psicoanálisis tales como la literatura del autor Khalil Gibran, quien en su libro *Las alas rotas*, historia de amor que refleja la condición subordinada de la mujer por culpa del contexto social. En la parte donde los amantes se separan a causa de un matrimonio forzado Selma Karamy le dice a Gibran:

“Pero tú, amado mío, estás aún en la flor de la vida. Tú puedes caminar libremente por las espaciosas sendas de la vida tapizadas de flores. Eres libre para atravesar el mundo y hacer de tu corazón una antorcha que ilumine tu camino. Tú puedes pensar, hablar, y actuar libremente, tú puedes escribir tu nombre en la faz de la vida *porque eres un hombre*¹⁵; tú puedes vivir dueño de ti mismo, porque la fortuna de tu padre no te colocará en el mercado de esclavos para ser comprado y vendido; tú puedes desposarte con la mujer de tu elección y, antes que ella viva en tu casa, puedes dejar que resida en tu corazón y cambiar confidencias sin impedimentos” (Khalil, 1994, p.62).

El tema de la mujer y la feminidad es motivo de controversia que envuelve a la mujer en un verdadero enigma. Tal enigma no es implantado por

¹⁵ Subrayado mio

el psicoanálisis, por el contrario, el psicoanálisis lo saca a la luz. Como diría Nietzsche: “Ni aún la compasiva curiosidad le sería suficiente al más sabio conocedor del corazón humano para adivinar el medio del que tal o cual mujer se encuentra en parecida solución del enigma, y en parecido enigma de solución” (Citado por Kofman, 1982, p. 23) o como el mismo Nietzsche asegura: “Suponiendo que la verdad sea una mujer-, ¿cómo?, ¿no está justificada la sospecha de que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, han entendido poco de las mujeres?, ¿de que la estremecedora seriedad, la torpe insistencia con que hasta ahora han solido acercarse a la verdad eran medios inhábiles e ineptos para conquistar los favores de una hembra? Lo cierto es que la verdad no se ha dejado conquistar” (Nietzsche, 2008, p. 19).

Lo cierto es que la mujer se presenta a los ojos del hombre, no importando si es filósofo, poeta, psicoanalista etc. como un verdadero enigma, como subraya Rojas (2008) cuando menciona que para Freud, la mujer es un continente negro.

2.3.3 Precisiones sobre el complejo de castración.

Siendo el complejo de castración el punto central del presente trabajo, es necesario explicitar ciertas precisiones que nos permitan comprender lo mejor posible el sentido que Freud le dio y en donde radica su importancia para la constitución sexual de los seres humanos.

El primero de estos puntos es que el concepto de castración no debe ser entendido propiamente como la mutilación del órgano sexual masculino, sino como una “...experiencia psíquica compleja, vivida *inconscientemente* por el niño a los cinco años aproximadamente” (Nasio, 1991, p. 15). Es decir, la castración no refiere a una mutilación real de los genitales, sino que designa a la representación psíquica de la diferenciación sexual, que lo coloca ante la asunción de su futura identidad sexual. Como precisa este autor: “... el niño

reconoce –a precio de la angustia- la diferencia anatómica de los sexos” (Nasió, 1991, p. 15).

Siguiendo los lineamientos freudianos, Laplanche & Pontalis (1967), aseguran que la angustia de la castración puede ser situada como una serie de experiencias traumáticas en las que interviene un elemento definitivo como lo son las pérdidas, la separación de un objeto como es: el pecho, la defecación, todas aquellas experiencias erógenas de la vida infantil son: “...el eco, a través de una larga serie de experiencias traumatizantes, de la angustia del nacimiento” (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 60). Mas tarde con Lacan, la castración referirá a la renuncia del goce de la madre, es decir, que la castración, consiste en el corte del vínculo entre la madre y el hijo. entre la madre y el hijo.

El complejo de castración mantiene una íntima relación con el complejo de Edipo, aunque la relación de ambos es diferente en cada uno de los sexos, en el niño, señala la declinación del complejo de Edipo, mientras que a la niña la introduce en complejo de Edipo, abriendo una búsqueda que es conducida por su deseo de tener el pene paterno. Así la imagen del falo o pene, será considerado por el niño como una parte esencial del “yo”, su virtud reside en la conjunción de los dos elementos: prevalencia del falo, herida narcisista.

El complejo de castración atraviesa por igual, aunque con diferentes consecuencias tanto al niño como a la niña. Nasio (1991) propone por medio de tiempos o periodos, la forma en como el complejo de castración se presenta en ambos sexos. Para el complejo de castración en el niño, nos presenta el siguiente cuadro:

En el caso de niño, el complejo de castración se presenta en 5 tiempos:

<p><i>(No hay odio preedipico)</i></p>
--

<p>1er. Tiempo. <i>Universalidad del pene</i></p>
<p>2do. Tiempo <i>El pene esta amenazado verbalmente por el padre</i></p>
<p>3er. Tiempo <i>El pene esta amenazado ante la visión del cuerpo desnudo de la mujer</i></p>
<p>4to. Tiempo. <i>*La madre esta castrada</i> <i>**"Yo puedo estar castrado como ella", piensa el niño</i> <i>*Emergencia de la angustia de castración.</i></p>
<p><i>Tiempo final</i> <i>Separación de la madre</i> <i>Deseo orientado hacia otras mujeres</i> <i>*</i> <i>Fin del complejo de castración y</i> <i>Fin del complejo de Edipo</i></p>

En el caso de la niña, el complejo de castración se presenta de la siguiente manera:

<p><i>Odio preedípico</i></p>
<p>1er. Tiempo <i>Universalidad del pene (clítoris)</i></p>
<p><i>(no hay amenazas verbales)</i></p>

<p>2do. Tiempo</p> <p><i>Comparado visualmente, el clítoris resulta "inferior" al pene</i></p>
<p>3er. Tiempo</p> <p><i>*La madre esta castrada</i></p> <p><i>* "Yo fui castrada como ella", piensa la niña</i></p> <p><i>* Emergencia de la envidia del pene</i></p> <p><i>*Resurgimiento del odio</i></p>
<p><i>Tiempo final</i></p> <p><i>Separación de la madre</i></p> <p><i>Deseo orientado hacia el padre y hacia otros hombres</i></p> <p style="text-align: center;">*</p> <p><i>Fin del complejo de castración y</i></p> <p><i>Nacimiento del complejo de Edipo.</i></p>

El complejo de castración debe referirse al orden de lo cultural, ya que se relaciona con la prohibición, como lo es el incesto y del asesinato –como lo expone en Tótem y tabú- encarnándose la función de la ley como instauradora del orden humano, como reguladora en las relaciones afectivas de los sujetos. La castración es la instauradora del deseo, a partir de este momento, ante la falta, nos constituimos como sujetos deseantes,

CAPITULO 3: EL NIÑO ¿UN ANDROGINO PLATONICO?

3.1 De Platón a Freud.

Platón nace en Atenas en el año 427 a. de C. y muere en el año 347 a. de C. gracias a la influencia de su maestro Sócrates, Platón se aleja de la poesía para dedicarse al campo de la investigación filosófica. Fue el alumno más fiel de Sócrates porque comprendió de la mejor forma sus enseñanzas,.

Como nos expone Larroyo (2001). Después de la muerte de Sócrates, Platón viaja a Megara como invitado de Euclides, visitará después Cirene y Egipto. Tiempo después regresará a Atenas donde iniciara su carrera como docente. Después de su primer viaje a Sicilia, funda en el jardín de Academos, alrededor de los años 387, lo que será su escuela, en donde se reúnen grandes personalidades del pensamiento. Su actividad como docente, se verá fundamentada en un principio por el estilo socrático, solo con el paso del tiempo se irá instituyendo el estilo de exposición docente, que para Platón significó “el punto de gravedad de su vida” Platón se apasionaba con gran intensidad por la educación moral y política. Preocupado por los peligros de su época, albergó siempre la esperanza de cambiar la vida de su tiempo utilizando los frutos de la ciencia en conjunción a la creencia religiosa del mundo.

Por otra parte, Platón siempre prestó atención a los fenómenos psíquicos así que se propuso describirlos y explicarlos. Las descripciones que realizó, representan, como menciona Carluccio (2005) “toda una teoría analítica del alma”, fue el primer racionalista sistemático, convirtiéndose en una figura importante para la psicología a tal punto de ser considerado su fundador, ya que distingue por primera vez a la sensación de la percepción. En sus descripciones –según Carluccio- hay una gran variedad de detalles tomados en cuenta en las diferentes investigaciones a lo largo del tiempo.

La epistemología platónica sostiene que el alma guarda una relación con los objeto de tres formas:

“a) Desde el punto de vista lógico: posee *conocimiento* respecto de lo real, tiene *opinión* respecto de lo contingente, y tiene *ignorancia* respecto de lo inexistente.

b) Desde el punto de vista psicológico: el *conocimiento* es la actividad pura de la psique, la *opinión* es una actividad mixta y la *ignorancia* es cuando el alma esta oscurecida” (Carluccion, 2005, p. 28)

Para Platón, el alma es en principio lo vital, es aquello que se mueve por si, calificándosele en tanto percibe, conoce y quiere. El alma al ser considerada como el principio de la vida, pertenece al mundo del devenir y en el permanece cuando percibe y se entrega a las cosas corporales. Aunque el alma también advierte de ser permanente, entregado al conocimiento de las ideas de la verdadera realidad, concediéndosele al alma una posición intermedia entre lo corpóreo y lo absoluto.

Gracias a esta posición intermedia entre lo corpóreo y lo absoluto, “hay en ella algo privativo del mundo de las ideas y algo peculiar del de la percepción. Lo primero es la racionalidad (*logistikón* o *nous*), la morada del saber y de su correspondiente virtud. En lo segundo, lo irracional, distingue Platón dos cosas: lo más noble y vuelto hacia la razón y lo más insano y alejado de ella. Lo más noble reside en la fuerza volitiva (entusiasmo, *thymós*); lo insano, en la apetencia sensorial (impluso, *epithymía*). Según esto, razón, entusiasmo e impulso, son las tres actividades del alma, las tres formas (*eidée*) de sus posibles estados (Larroyo, 2001, p. XXIII)

Según Carluccio (2001), es en estas tres actividades del alma (razón, entusiasmo e impulso) es donde se encuentra una de las formulaciones fundamentales de la teoría Psicoanalítica Freudiana: las pulsiones (*Trieb*) ya que el alma al ser perteneciente al mundo del devenir, pertenece a las cosas

corpóreas, desde el momento en que se entrega a sus apetencias. Por su parte Freud, argumenta que el *Trieb*, “es un proceso dinámico consistente en un impulso (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin”. Así como la pulsión es motivada por el deseo, resulta pues, que el deseo es la actividad fundamental del alma. El deseo surge del alma irracional para Platón, y puede perturbar al alma racional. De esta misma manera, Carluccio (2001) señala que para Freud, las pulsiones se encuentran en el yo inconsciente, y pueden perturbar al yo consciente.

La condición que pone en relieve el deseo es el estado de incompletud, que significa que carecemos de un estado de plenitud. Al respecto Carluccio menciona:

“Cuando el alma es afectada por el deseo está en condición dolorosa puesto que es conciencia de incompletud, pero no hay deseo desprovisto de placer. El deseo satisface la carencia. Los dolores y los placeres surgen tanto del cuerpo como del alma:

- a) En las afecciones del cuerpo puede darse una mezcla de dolor y placer;
 - b) En las del alma puede darse miedo, remordimiento, amor, celos;
 - c) Cuando son afectados a la vez el alma y el cuerpo puede darse que el cuerpo, exprese dolor tanto que el alma experimenta placer.
- (Carluccio, 2005, p. 36).

De esta manera, el placer es la cualidad de un proceso que desaparece concluido este dolor producido por la carencia de la incompletud. Cuando el alma se encuentran en actividad, están conectadas por medio del elemento conativo ó impulsión psíquica: el *eros*, que representa la persecución de un fin deseado.

Eros, se vincula con una peculiar teoría del amor. Idea difundida y mal entendida, supone la idea de un amor que no aspira a la posesión del ser amado, resignándose a perderlo y admirarlo a distancia. Como diría Larroyo:

“Error. Platón jamás sostuvo la idea de un tal amor impotente, inactivo, infecundo (..) El carácter distintivo del amor platónico no es la renuncia a la posición real del ser humano, sino su relación con los ideales de la vida” (Larroyo, 2001, p. XXVI) y prosigue: “El amante ama la persona en su ser concreto, en unidad de lo sensible, y de lo ideal. Bondad, ternura, valentía, belleza, sapiencia y demás” (Larroyo, 2001, p. XXVI). En concreto, el amor platónico busca su perfección en el ser amado, aspirando de manera activa y constante a la realización e incremento de sus ideales. Eros, es por tanto, el deseo metafísico del hombre por una totalidad del ser, de su ser, inseparable a la naturaleza del individuo

Para finalizar, entrelazar a Freud con Platón es un estudio en si mismo tan amplio que resulta imposible realizarlo en este trabajo por las limitaciones en cuanto a dominio de ambos discursos representa para quien escribe, solo queda hacer una mención superficial de los lazos entre ambos autores.

3.2 El niño = Andrógino platónico.

El presente trabajo parte de dos supuestos fundamentales: primero, el niño es un sujeto dinámico, entendiendo por dinamismo aquello que “califica un punto de vista que considera los fenómenos psíquicos como resultantes del conflicto y de la composición de fuerzas que ejercen un determinado empuje siendo éstas, un último término, de origen pulsional” (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 100). El niño no es la tabla rasa de la que habla la psicología. Por el contrario, y como lo demuestra Freud, ya tiene una actividad pulsional por medio de la sexualidad que ya trae consigo en su cuerpo, pero que solo se activa por un objeto ajeno que se introduce en él, que pulsa, que excita. El segundo supuesto en el que se fundamenta el presente trabajo, reside en que lo masculino y lo femenino nada tienen que ver con la constitución biológica de los sujetos, sino que lo masculino y lo femenino, como lo demuestra Freud, corresponde mas bien a la actividad pulsional de los sujetos. De esta manera , hablar de niño o niña implica en sí mismo una sexuación, una construcción

social depositada en el cuerpo, lo que supone el presente trabajo es que el niño, en las primeras etapas de su vida, es un ser andrógino, no es ni niño ni niña, es un ser pleno, completo y que es precisamente el contexto cultural, el que sexualiza los cuerpos en base a sus órganos genitales, fragmentándolos. Instituyendo la falta.

Para una exposición lo más precisa posible, se retomara el texto del *Banquete* de Platón donde trata precisamente de la influencia e importancia del Dios Eros, la instauración del deseo, de la partición de los cuerpos en dos partes que están en eterna búsqueda uno del otro, se entablará una comparación, una especie de analogía entre esta obra y los postulados psicoanalíticos.

Por el estilo poético de Platón, y buscando no alterar en nada el sentido de su escritura, será necesario rescatar en extenso los párrafos en los que basamos los supuestos del presente trabajo.

Así, dirá Platón lo siguiente:

“-Figúrense que hasta ahora los hombres han ignorado el poder de Eros; porque si lo conociesen, le levantarían templos y altares magníficos y le ofrecerían suntuosos sacrificios, y nada de estos se hace, aunque sería muy conveniente; porque entre todos los dioses él es el que derrama más beneficios sobre los hombres, como que es su protector y su médico, y los cura de los males que impiden al género humano llegar a la cumbre de la felicidad. Voy a intentar daros a conocer el poder de Eros, y queda a nuestro cargo enseñar a los demás lo que aprendáis de mí. Pero es preciso comenzar por decir cuál es la naturaleza del hombre, y las modificaciones que ha sufrido.

En otro tiempo la naturaleza humana era muy diferente de lo que es hoy. Primero había tres clases de hombres: los dos sexos que hoy existen, y uno tercero. Compuesto de los dos, el cual ha desaparecido conservándose sólo el nombre. Este animal formaba una especie particular, y se llamaba andrógino, porque reunía el sexo masculino y el

femenino; pero ya no existe y su nombre está en descrédito. En segundo lugar, todos los hombres tenían formas redondas, la espalda y los costados colocados en círculo, cuatro brazos, cuatro piernas, dos fisionomías, unidas a un cuello circular y perfectamente semejantes, una sola cabeza, que reunía estos dos semblantes opuestos entre sí, dos orejas, dos órganos de generación y todo los demás en esta misma proporción. Marchaban rectos como nosotros, y sin tener necesidad de volverse para tomar el camino que querían. Cuando deseaban caminar ligeros, se apoyaban sucesivamente sobre sus ocho miembros, y avanzaban con rapidez mediante un movimiento circular, como los que hacen la rueda, con los pies al aire (...) los cuerpos eran robustos y vigorosos y de corazón animoso, y por esto concibieron la atrevida idea de escalar el cielo y combatir con los dioses, (...) Zeus examinó con los dioses el partido que debía tomarse. El negocio no carecía de dificultad; los dioses no querían anonadar a los hombres, como en otro tiempo a los gigantes, fulminando contra ellos sus rayos, porque entonces desaparecerían el culto, y los sacrificios que los hombres les ofrecían; pero, por otra parte, no podían sufrir semejante insolencia. En fin, después de largas reflexiones, Zeus se expresó en estos términos: Creo haber encontrado un medio de conservar a los hombres y hacerlos más circunspectos, y consiste en disminuir sus fuerzas. Los separaré en dos; así se harán débiles y tendremos otra ventaja, que será la de aumentar el número de los que nos sirvan; marcharan rectos, sosteniéndose en dos piernas sólo, y si después de este castigo conservan su impía audacia y no quieren permanecer en reposo, los dividiré de nuevo, y se verán precisados a marchar sobre un solo pie, como los que bailan sobre odres en la fiesta de Caco” (Platón, 2001, p. 508).

Y continúa:

“Después de esta declaración, el dios hizo la separación que acababa de resolver, y la hizo lo mismo que cuando se cortan huevos para salarlos, o como cuando un cabello se los divide en dos partes iguales. En seguida mandó a Apolo a que curase las heridas y colocase el semblante y la mitad del cuello del lado donde se había hecho la separación, a fin de que la vista de este castigo los hiciese más modestos. Apolo puso el semblante

del lado indicado, y reuniendo los cortes de la piel sobre lo que hoy se llama vientre, los cosió a manera de una bolsa que se cierra, no dejando más que una abertura en el centro que se llama ombligo. En cuanto a los otros pliegues, que eran numerosos, los pulió, y arregló el pecho con un instrumento semejante a aquel de que se sirven los zapateros para suavizar la piel de los zapatos sobre la horma, y solo dejó algunos pliegues entre el vientre y el ombligo, como un recuerdo del antiguo castigo. Hecha esta división, cada mitad hacía esfuerzos para encontrar la otra mitad de que había sido separada; y cuando se encontraban ambas, se abrazaban y se unían, llevadas del deseo de entrar en su antigua unidad, con un ardor tal, que abrazadas padecían de hambre e inacción, no queriendo hacer nada la una sin la otra. Cuando la una se unía de nuevo, ya fuese la mitad de esa mujer entera, lo que ahora llamamos una mujer, ya fuese la mitad de hombre; y de esta manera la raza iba extinguiéndose "(Platón, 2001, p. 509).

Y precisará mas adelante:

"...lo que queréis ¿no es estar de tal manera unidos que ni de día ni de noche estéis el uno sin el otro? Si es lo que deseáis, voy a fundiros y mezclaros de tal manera, que no seréis ya dos personas, sino una sola y que mientras viváis, viváis una vida común como una sola persona, y que cuando hayáis muerto, en la muerte mismo os reunáis de manera que no seáis dos personas sino una sola. (...) La causa de esto, es que nuestra naturaleza primitiva era una, y que éramos un todo completo, y se da el nombre de amor al deseo y prosecución de este antiguo estado. Primitivamente como he dicho, nosotros éramos uno, pero después en castigo de nuestra iniquidad, nos separó el dios como los arcadios lo fueron por los lacedemonios. Debemos procurar no cometer ninguna falta contra los dioses, por temor a de exponernos a una segunda división, y no ser como las figuras presentadas de perfil en los bajorrelieves, que no tienen mas que medio semblante, o como los dados cortados en dos. Es preciso que nos exhortemos mutuamente a honrar a los dioses, para evitar un nuevo castigo y volver a nuestra unidad primitiva, bajo los auspicios y la dirección de Eros" (Platón, 2001, p. 511).

Como podemos observar en las citas anteriores. Es posible encontrar dos tiempos: un antes y un después, el antes refiere a nuestra condición plena o completa, a esa “naturaleza primitiva”, en donde los cuerpos eran “robustos y vigorosos”, a ese ser que quiso subir los cielos para retar a los dioses Y un segundo tiempo, el de la separación, en el cual, como resultado de su iniquidad, Zeus decide separar sus cuerpos con uno de sus rayos debilitándolos, y con la amenaza de ser nuevamente fragmentados, separados, de seguir intentando retar a los dioses. Instaurándose así el poder de Eros como aquella fuerza activa que empuja a los hombres a buscar esa otra mitad que hace falta, con el anhelo de volver a esa naturaleza primitiva que alguna vez gozaron, buscando satisfacer ese deseo metafísico de la plenitud.

Según la lectura realizada a los textos de Freud, se encuentra una cierta similitud, la cual consiste en el momento de la sexuación que también es manejable en dos tiempos. El primero de esos tiempos lo encontramos en las características propias de la pulsión, que se manifiestan en las fases de desarrollo, fases en las que Freud no distingue sexos, no habla de un niño ni de una niña propiamente, Freud habla de un niño, el cual puede ser entendido en un sentido generalizado, que permite entender, tal vez, que tanto el niño y la niña son iguales. La primera mención que hace a esta diferencia de los sexos, donde ya habla de un niño y una niña, es en la fase fálica, pero es a partir del complejo de castración que coloca al niño y a la niña en la disyuntiva de asumir su sexo y de renunciar a la madre, para quien él y ella eran todo. La concepción que aquí se intenta exponer del niño como un ser andrógino coincide con la que Kristeva (2009) expone:

“Andrógino no es bisexual. *Bisexual* implica que cada sexo no existe sin tener una parte de los caracteres del otro, y conduce a un desdoblamiento asimétrico de los dos lados de la sexuación. (El hombre tendría una parte femenina que no es la femineidad de la mujer y la mujer tendría una parte masculina, que no es la masculinidad del hombre) en la hipótesis de la bisexualidad hay que contar con cuatro componentes que suponen al principio dos relaciones diferentes, la masculina y la femenina, con el poder del falo. El andrógino es unisexual: en si mismo es dos, onanista conciente,

totalidad cerrada, tierra y cielo chocando el uno contra el otro, fusión gozosa a dos dedos de la catástrofe. El andrógino no ama, se mira en otro andrógino y no se ve más que así mismo, redondeado, sin defecto, sin otro fusión en si mismo, no puede ni siquiera fusionarse, se fascina con su propia imagen. Se trata, por supuesto, de la fantasía homosexual de la androginia, y no de una constitución biológica. Una fantasía que solo sirve a los hombres de los dos sexos (andro-y-gine) para negar mejor su diferencia. Esta visión paradisíaca se pierde en el umbral de la infancia, cuando el niño o la niña no son más que el pene de su madre, realizando, en el paso al acto adulto, la fantasía andrógina de una genitora histérica. El andrógino hace realidad lo que su madre vive en su imaginación” (Kristeva, 2009, p. 60).

El niño es un ser andrógino en la medida en que se encuentra en el complejo de Edipo, la niña en la fase preedipica, como menciona Kristeva, cumplen el papel del falo reivindicado en la madre, ese falo del que fue desproveída por el complejo de castración que se derivó en la envidia del pene, culminando en su deseo por tener un hijo. Y por su parte el hijo, se pierde en la fantasía imaginaria del ser el falo de la madre, desea poseerla ya que ella lo es todo para él, al no poderla poseer, al momento de asumir su castración, se instaura el deseo, se da cuenta de aquella falta de la que nos habla Platón, e influido por el poder activo de Eros, buscará en sus demás parejas ocupar el lugar del padre, para así tener a alguien como a su madre y regresar a ese estado de plenitud, que solo en la muerte encontrara. Así, el complejo de castración se asemejaría al rayo con el que Zeus partió a estos seres en sus mitades, Zeus el portador de la ley, se asemeja a la imagen del padre, siendo precisamente el rayo, la castración de dicha relación edipica que coloca a estos dos seres en una relación andrógina.

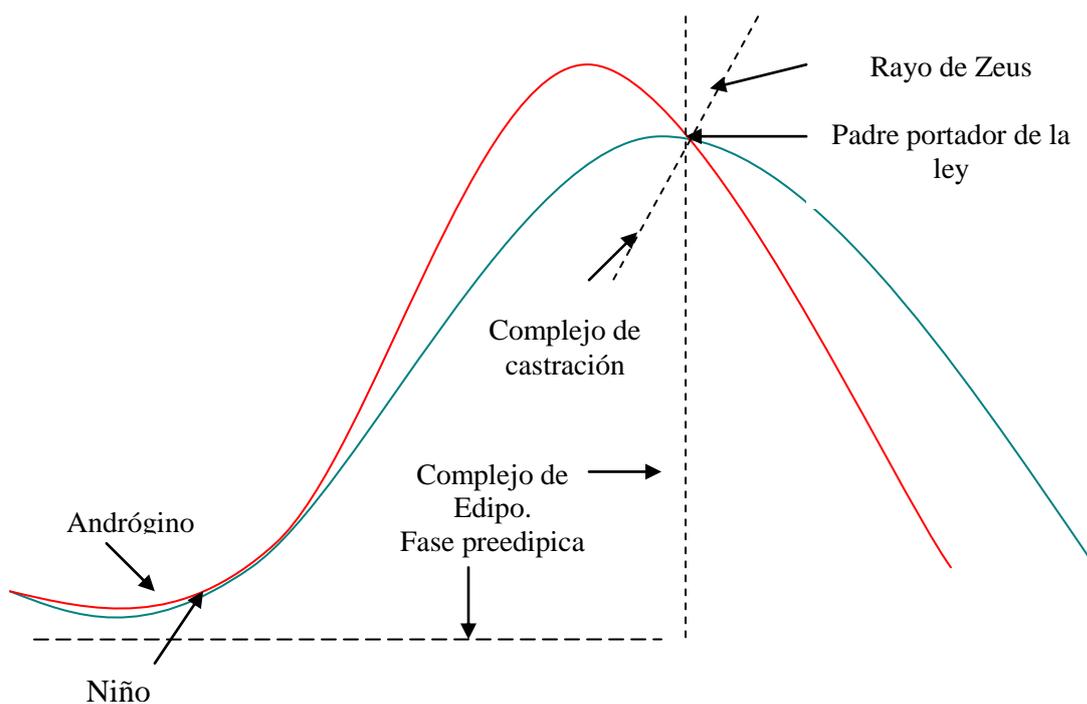


Figura 6: analogía entre el andrógino platónico
Y niño de psicoanálisis.

El andrógino es el ser pleno que encuentra el fin a ese estado al momento de la separación con su otra mitad, al momento de su castración. El miedo a un nuevo castigo por parte de los dioses representa una angustia a una nueva castración, a un nuevo castigo por nuestra iniquidad, un castigo por mantener nuestro deseo incestuoso por la madre y odio al padre. Y andamos errantes por el mundo buscando nuestra otra mitad que nos retorne a nuestra “naturaleza primitiva” en la que nos encontrábamos en nuestra infancia.

Esta observación solo se alcanza a presentar en su forma aparente, como ya se había mencionado con anterioridad, la experiencia de quien escribe en ambos campos es muy limitada en comparación a lo amplio y complejo de ambos discursos. A estas alturas, se deja ver, que la respuesta a esta interrogante conlleva un estudio mas profundo, que implique un dominio tanto técnico como teórico del psicoanálisis, dominio del cual se carece en este momento.

Por otra parte, a partir de este acercamiento a la teoría psicoanalítica, se han generado una serie de interrogantes, mismas que serán motivo de otros trabajos, tales interrogantes consisten por ejemplo: ¿cómo se interpreta tanto al Edipo como al complejo de Castración después de Freud? Tal interrogante implicaría establecer lineamientos entre Freud y psicoanalistas posteriores a él, por ejemplo Jacques Lacan para quien las implicaciones del Edipo resultan ser completamente diferentes a como los concibe Freud, así como los diferentes postulados derivados a partir de sus interpretaciones como ¿en qué consisten las fórmulas de la sexualización en Lacan? O ¿en qué consisten las relaciones objetales de Melanie Klein? Pero como se mencionó anteriormente, son interrogantes que serán motivo de otro trabajo.

CONCLUSIONES

El presente trabajo surge de la necesidad por dar respuesta a la pregunta que interroga por la condición originaria del sujeto antes de la asunción de su sexualidad socialmente asignada. Esta pregunta trajo implícitamente consigo un quebranto del convencionalismo social que instituye una entidad masculina y una entidad femenina, convencionalismo adoptado por la psicología y que se refleja en sus investigaciones. Este preguntar la pregunta implica en sí misma una movilización tal, que sus implicaciones permiten abordar las conclusiones desde dos puntos.

El primero de estos puntos refiere al trabajo mismo. Según las observaciones resultantes de nuestro acercamiento a la teoría psicoanalítica, nos muestra que el niño y la niña son igualmente activos, es decir, igualmente masculinos, el carácter de lo pulsional se moviliza de igual forma y con intensa energía en ambos sexos, este carácter pulsional bien puede relacionarse con la noción del Eros, -como posteriormente Freud nombrará a las dos grandes pulsiones del hombre Eros y Tanatos- que expresa Platón, noción que representa la actividad para la satisfacción de un deseo que pone en relieve ese estado de incompletud, con base al concepto de pulsión, y siguiendo la trayectoria de las fases de desarrollo, Freud no hace una distinción de los sexos, es decir, Freud no habla de un niño o una niña, habla de un niño en un sentido generalizado, lo que permite establecer desde nuestra perspectiva una igualdad entre ambos. El sujeto andrógino del que nos habla Platón, bien puede equipararse a esta no-distinción, ya que este sujeto reúne en sí mismo los dos sexos, este sujeto vigoroso, robusto y de corazón animoso, pulsional, no sabía de diferencias sexuales, al igual que el niño que experimenta placer en su cuerpo, y donde las diferencias de los sexos no es su principal interés.

La primera mención que hace Freud de la diferencia de los sexos, en donde ya habla de un niño o una niña, es en el momento de la instauración del complejo de castración, que pone en relieve la diferencia de los sexos,

adquiriendo de esta forma su significancia. Este niño, este andrógino, encuentra el fin a su estado de plenitud, gracias a esta fantasía de castración, a este rayo de Zeus que constituye la sexuación de los cuerpos, la instauración del deseo como manifestación de la falta concluyendo en la inscripción de la ley.

Por tanto, podemos distinguir dos tiempos, tanto en la lectura realizada por Freud como a Platón en su mito del banquete: el primero de estos tiempos se relaciona con la plenitud del sujeto, sujeto de sus pulsiones, activo, amoral, que quiso subir a los cielos para retar a los dioses portadores de la ley, esa inequidad, que en la lectura psicoanalista se refleja en las distintas fases de desarrollo, que en la lectura lacaniana se referirá a la actividad onanista del niño como un intento de goce de la madre. El segundo tiempo que encontramos es precisamente el de la castración, la partición del rayo de Zeus que trae consigo la sexuación, el debilitamiento de los sujetos, como consecuencia del deseo incestuoso por la madre y odio por el padre portador de la ley.

Estas conclusiones se vislumbran con una vista un tanto borrosa a los ojos de quien escribe, dejando de lado inevitablemente no con la intención, sino por lo imperceptible que resultan a los ojos ciertas sutilezas que resultaría relevantes al tema, mismos que pudieran definir aun más dicha figura, pero el presente trabajo solo se presenta como una especie de propuesta, aunque son más sus implicaciones a nivel formativo. El presente trabajo como se indicó en la introducción, no busca la innovación por medio de una crítica o una serie de cuestionamientos, sino de un acercarse, un intento por comprender ciertos fenómenos desde otras posibilidades de poder abordar al ser humano.

Dado lo anterior, con respecto a la pregunta, o más bien al hecho de hacer la preguntar, trajo consigo varias dificultades así como una multiplicidad de intentos para acercarse al psicoanálisis. La dificultad primera, refiere al contexto institucional bajo el que nace, cuya concepción científica, no da apertura a teorías que permitan un abordaje distinto de la humano, sino que además las descalifica por no “cumplir” con sus criterios, se nos limita a

concebir la psicología desde un *solo* punto de vista. Teniendo como consecuencia un acercamiento, a una teoría por demás interesante y al mismo tiempo incomprendida –al menos en nuestro contexto-. Quizás un trabajo de este tipo, pueda servirnos a nosotros los psicólogos, para replantearnos el papel de nuestra profesión dentro de la sociedad, si estamos aportando algo a ella, ó si solo reproducimos los convencionalismos que prevalecen, si nuestra mirada es una mirada común, ó si miramos desde otro lugar, si poseemos una perspectiva amplia, y ¿Por qué no? Criticarnos a nosotros mismos, en la medida en que nos hemos dejado dogmatizar.

El preguntar la pregunta refiere a un querer comprender, en un querer saber ante distintas posibilidades del mismo, implica un desplazamiento de un punto seguro como lo es el conductismo a otro punto como el psicoanálisis, cuyo trayecto resulta ser, enigmático y desconocido, es transitar en un bosque oscuro de múltiples caminos. Este modo de preguntar implica estar abierto a ese querer comprender, es decir, acercarse sin prejuicios heredados por esas otras perspectivas que interpretan a lo humano.

La pregunta como reflejo del preguntar la pregunta, *se desplaza* ocupando de esta manera otro *lugar*, deja de ser pregunta para *ocupar el lugar* de respuesta de una pregunta de mayores alcances, de tipo profesional en su sentido formativo, la cual es: ¿Qué es lo que *quiero* para *mi* formación? Y al mismo tiempo esta pregunta/respuesta, representa un punto de partida para una búsqueda constante de los problemas fundamentales de lo humano.

BIBLIOGRAFIA.

Bleichmar, H. (2006) *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Ediciones nueva visión. Buenos aires.

Braza, P. Carreras, R. Braza, F. & Muñoz, J. (2006) *Androginia, amplitud, recomportamiento y ajuste social en niños y niñas de educación infantil*. Revista infancia adolescencia y familia. Vol. 1. Num. 1.

Bustos, O. (2006) *Prologo*. En Robles (coord.) en Estudios de genero. Docencia e investigación en Iztacala. Ediciones UNAM. México.

Carluccio, A. (2005) *Filosofía y psicoanálisis: el inconsciente creador como potencialidad a descubrir en uno mismo*. Lugar Editorial. Buenos Aires.

Denis, P. (2003) *Sigmund Freud 3 1905-1920 vida y pensamiento psicoanalítico*. Biblioteca nueva. Madrid.

Dör, J. (1995) *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje*. Gedisa editorial. España.

Etcheverry, J. (1990) *Sigmund Freud Obras completas. Sobre la versión castellana*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Freud, S. (1905) *Tres ensayos para una teoría sexual*. Obras completas tomo II. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1908) *Carácter y erotismo anal*. Obras completas tomo II. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1908) *Teorías sexuales infantiles*. Obras completas tomo II. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1909) *Psicoanálisis. Cinco conferencias pronunciadas en la Clark University (Estados Unidos)*. Obras completas tomo II. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1915) *Lo inconsciente*. Obras completas tomo II. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1915) *Los instintos y sus destinos*. Obras completas tomo II. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1915) *Sobre las transmutaciones de los instintos en especial el erotismo anal*. Obras completas tomo II. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1923) *El yo y el ello*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1923) *Esquema del psicoanálisis*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1897) *Carta 71*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1897) *Carta 73*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1923) *La organización genital infantil*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1924) *Autobiografía*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1924) *Disolución del complejo de Edipo*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1925) *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1927) *Fetichismo*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1931) *Sobre sexualidad femenina*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1933) *La feminidad. Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Freud, S. (1938) *Compendio de psicoanálisis*. Obras completas tomo III. Biblioteca Nueva. Madrid.

Gonzalez & Rodriguez (2002) *Teoría y técnica de la psicoterapia psicoanalítica*. Plaza y Valdez Editores. México.

Haffner, C. & Lusitana, D. (productores) (1995) *Sigmund Freud: Analisis of a mind* [Documental] Estados Unidos. A&E televisión networks-

Jalil, G. (1994) *Las alas rotas*. Grupo editorial Diana. México.

Kofman, S. (1982) *el enigma de la mujer ¿Con Freud o contra Freud?*. Gedisa editorial. España.

Kristeva, J. (2009) *Historias de amor*. Editorial siglo XXI. México.

Laplanche, J. & Pontalis, J. (1967) *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós. Argentina.

Larroyo, F. (2001) *Estudio preliminar*. Diálogos. Editorial Porrúa. México.

Menahem, R. (2003) *Sigmund Freud 4 1920-1939, vida y pensamiento psicoanalítico*. Biblioteca nueva. Madrid.

Nasio, J. (1991) *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*. Gedisa editorial. España.

Nietzsche, F. (2008) *Mas allá del bien y del mal*. Alianza editorial. México.

Perres, J. (2000) *Proceso de constitución del método psicoanalítico*. Ediciones UAM. México.

Platón. (2001) *Diálogos banquete*. Editorial Porrúa. México.

Rojas, E. (2008) *Tópicos sobre sexualidad femenina en el psicoanálisis de Freud y Lacan*. Tesis para obtener el grado de Maestría en teoría psicoanalítica. Centro de investigación y estudios psicoanalíticos. México.

Silvestre, P. (1972) *Freud*. Gedisa editorial. España.

Thompson, C. (2006) *El psicoanálisis*. Fondo de cultura económica. México.